

ANEXO 3

FORMULARIO DE LA DESCRIPCIÓN DE LA TESIS DOCTORAL O DEL TRABAJO DE GRADO

TÍTULO: De la deconstrucción del signo lingüístico a la escritura como huella en Jaques Derrida.

AUTOR O AUTORES

Apellidos Completos	Nombres Completos
BARRETO RAMIREZ	MARTHA HELENA

DIRECTOR (ES) TESIS DOCTORAL O DEL TRABAJO DE GRADO

Apellidos Completos	Nombres Completos
MEJÍA MOSQUERA	JUAN FERNANDO

ASESOR (ES) O CODIRECTOR

Apellidos Completos	Nombres Completos

TRABAJO PARA OPTAR AL TÍTULO DE: MAGISTER EN FILOSOFIA

FACULTAD: FILOSOFIA

PROGRAMA: Carrera ____ Licenciatura ____ Especialización ____ Maestría X
Doctorado ____

NOMBRE DEL PROGRAMA: MAESTRIA EN FILOSOFIA

NOMBRES Y APELLIDOS DEL DIRECTOR DEL PROGRAMA: FERNANDO
CARDONA

CIUDAD: BOGOTÀ **AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO DE GRADO:**
2010 **NÚMERO DE PÁGINAS:** 99

TIPO DE ILUSTRACIONES:

- Ilustraciones
- Mapas
- Retratos
- Tablas, gráficos y diagramas
- Planos
- Láminas
- Fotografías

SOFTWARE requerido y/o especializado para la lectura del documento _____

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia o producción electrónica):

Duración del audiovisual: _____ minutos.

Número de casetes de vídeo: _____ Formato: VHS ____ Beta Max ____ $\frac{3}{4}$ ____ Beta Cam
____ Mini DV ____ DV Cam ____ DVC Pro ____ Vídeo 8 ____ Hi 8 ____

Otro. Cual? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL ____ SECAM _____

Número de casetes de audio: _____

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado): _____

PREMIO O DISTINCIÓN (*En caso de ser LAUREADAS o tener una mención especial*):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES EN ESPAÑOL E INGLÉS: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. (*En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar con la Unidad de Procesos Técnicos de la Biblioteca General en el correo biblioteca@javeriana.edu.co, donde se les orientará.*)

ESPAÑOL

Derrida, Jacques 1930-2004 – Crítica e interpretación

Fonética -- Aspectos filosóficos

- Etnocentrismo -- Aspectos filosóficos

Lingüística -- Aspectos filosóficos

INGLES

Derrida, Jacques 1930-2004 – Critique and interpretation

Phonetic -- Philosophical aspects

Ethnocentrism -- Philosophical aspects

Linguistics-- Philosophical aspects

RESUMEN

Este trabajo se compone de dos capítulos: El primero titulado: *La deconstrucción del signo lingüístico* y el segundo: *La escritura como huella*, cada capítulo esta compuesto de subtemas para una mayor comprensión del texto.

En el primero, se muestran algunos rasgos de la estrategia deconstructiva que plantea Derrida a la metafísica de la escritura fonética que dirigió etnocentrismo y el fonocentrismo de la época y es tratado en tres subtemas: 1): La escritura fonética y el pensamiento metafísico, que plantea la relación de la escritura fonética con la verdad, *el logos*, y la ciencia; 2) Deconstruir el objeto integral y concreto de la lingüística, que se centra en el tema de la deconstrucción del signo lingüístico que hizo Derrida de los textos de Saussure y 3) Condillac y Austin, la ciencia del lenguaje y la escritura como medio de comunicación, concepción que según Derrida acentúa el carácter representativo de la comunicación escrita bajo la imagen de la escritura como cuadro, reproducción o imitación de contenido.

En el segundo, se plantean tres temas fundamentales: La naturaleza arbitraria y naturalizada del signo, la emergencia de la huella instituida, la diferencia como fuente de valor lingüístico y la huella como movimiento mismo de la *Différance*. Se concluye que la tarea de la *huella* como *archi-huella*, o movimiento de la *différance*, es la que constituye todos los procesos de significación y de articulación del lenguaje

El trabajo enfatiza los aportes de una filosofía deconstructiva desde la pregunta por la función de la escritura

ABSTRACT

This investigation consists of two chapters: The first one titled: The deconstruction of the linguistic sign and the second one titled: Writing as a print. Each chapter is composed of sub-topics for a better understanding of the text. In the first one, there are some features of Derrida's deconstructive strategy about the metaphysics of phonetic writing which was addressed by the phonocentrism and the ethnocentrism of the epoc and it is treated in three

sub-themes: 1): The phonetic writing and metaphysical thought, which proposes the relationship of phonetic writing to the truth, the logos, and the science, 2) To deconstruct the integral and concrete object of linguistics, which focuses on the topic of the deconstruction of the linguistic sign that Derrida made on the texts of Saussure and 3) Condillac and Austin, the science of language and writing as a means of communication, according to Derrida's conception it emphasizes the representative character of written communication under the image of writing as picture, reproduction or imitation of content. In the second one, there are three fundamental topics: The arbitrary nature of the sign and naturalized of it, the emergence of the instituted print, the difference as a source of linguistic value and the print as the movement on itself of Différance. It can be conclude that the task of the print as *archi-print*, or movement of *différance*, is the one that constitutes all the processes of signification and articulation of language . The investigation emphasizes the contributions of a deconstructive philosophy from the question of the function of writing.

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

De la deconstrucción del signo lingüístico a la escritura como huella en Jacques Derrida

Martha Helena Barreto R.
Septiembre de 2010

De la deconstrucción del signo lingüístico a la escritura como huella en Jacques Derrida
Martha Helena Barreto R.

Director: Juan Fernando Mejía Mosquera

Trabajo de grado presentado como
requisito para optar al título de
Magíster en Filosofía

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Bogotá, septiembre de 2010

Agradecimientos:

A Juan Fernando Mejía

Por hacerme comprender que la filosofía tiene su propio tiempo.

A mi esposo y a mi hijo, por acompañar este ideal.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO 1. DECONSTRUCCIÓN DEL SIGNO LINGÜÍSTICO	9
1. LA ESCRITURA FONÉTICA Y EL PENSAMIENTO METAFÍSICO	9
1.2. <i>La escritura comprendería al lenguaje. La tesis de la escritura científica.</i>	9
1.4. <i>La unidad elemental e indivisible del significante y la voz. La pregunta por el ser.</i>	11
2. DECONSTRUIR EL OBJETO INTEGRAL Y CONCRETO DE LA LINGÜÍSTICA	12
2.1. <i>El objeto de la lingüística. Identificar el gesto y el discurso en Saussure.</i>	13
2.2. <i>Mostrar la validez de la escritura fonética y la limitación de los sistemas de escritura.</i>	13
2.3. <i>Analizar la inquietante inversión de las relaciones naturales entre habla y escritura.</i>	14
2.4. <i>Mostrar la mezcla de la grafía con la fonía. Promiscuidad peligrosa.....</i>	14
2.5. <i>Acudir a la moral para explicar cómo el lenguaje se vuelve escritura</i>	15
2.6. <i>Hacer visible cómo cierto modelo de escritura, se ha impuesto.....</i>	15
3. CONDILLAC Y AUSTIN. LA CIENCIA DEL LENGUAJE Y LA ESCRITURA COMO MEDIO DE COMUNICACIÓN	16
3.1. <i>Escritura y ausencia.</i>	16
3.2. <i>La firma y su relación con lo no presente.....</i>	16
CAPÍTULO II. LA ESCRITURA COMO HUELLA.....	18
1. LA NATURALEZA ARBITRARIA Y NATURALIZADA DEL SIGNO Y LA EMERGENCIA DE LA HUELLA INSTITUIDA	18
1.2. <i>Sustituir la semiología por la gramatología</i>	19
2. LA DIFERENCIA COMO FUENTE DE VALOR LINGÜÍSTICO. Oponer SAUSSURE A SAUSSURE	19
2.1. <i>Modificar el concepto de escritura. La archiescritura</i>	20
2.2. <i>Mostrar cómo la huella (pura) es la diferencia.....</i>	20
2.3. <i>Preguntar el tiempo de la presencia. La archi-escritura como espaciamiento.....</i>	21
3. LA HUELLA COMO MOVIMIENTO MISMO DE LA DIFFÉRANCE	22
3.1. <i>La différance. Su campo estratégico.....</i>	22
3.2. <i>Diferencia y la diferencia como archi-escritura.....</i>	23
REFERENCIAS	25

Introducción

Este trabajo se compone de dos capítulos: El primero titulado: *La deconstrucción del signo lingüístico* y el segundo: *La escritura como huella*, cada capítulo esta compuesto de subtemas para una mayor comprensión del texto.

En el primero, se muestran algunos rasgos de la estrategia deconstructiva que plantea Derrida a la metafísica de la escritura fonética que dirigió etnocentrismo y el fonocentrismo de la época, para mostrar la forma como este dominio limitó las condiciones de emergencia de la gramatología como ciencia de la escritura. Se trata, como el mismo Derrida plantea, de una situación histórica, entendida, como una “determinación general de las condiciones de emergencia y de los límites de la filosofía, de la metafísica y de todo lo que la sostiene y de todo lo que ella sostiene”. (Derrida 1977, p.67), condiciones que es necesario preguntar, a fin de poder señalar las emergencias, rupturas, cortes y mutaciones que se produjeron, principalmente, en el proceso de consolidación de la ciencia lingüística.

El capítulo se desarrolla en tres subtemas: El primero: *La escritura fonética y el pensamiento metafísico*, que plantea la relación de la escritura fonética con la verdad, *el logos*, y la ciencia, señalando el hecho de que la ciencia no se adecua a los principios fonéticos de la escritura, y por ende, la escritura empieza a desbordar la cuestión del lenguaje, en todos los sentidos de la palabra.

El segundo: *Deconstruir el objeto integral y concreto de la lingüística*, que se centra en el tema de la deconstrucción del signo lingüístico que hizo Derrida de los textos de Saussure. Para tal fin, se plantea una análisis alrededor de las justificaciones, contradicciones y estrategias discursivas que utilizó este autor, para crear su sistema lingüístico bajo las exigencias la metafísica de la escritura fonética. El punto central de este razonamiento, es cómo la ciencia lingüística determina -el

lenguaje su campo de objetividad- como la unidad de phone, glossa y logos y frente a esta unidad la escritura sería derivada, agregada, particular, exterior. (Derrida 1977, p.69).

En la lectura crítica de los textos de Saussure, advierte Derrida que ha analizado un estrato 'logocentrista' y 'fonocentrista', cuya eficacia es considerable para la constitución de la lingüística en la modernidad, por ello, en este apartado mostramos la forma como Derrida, contrasta los rasgos metafísicos que señalan el proyecto de Rousseau y Saussure, en un inventario de sus rasgos comunes, veamos: Ambos le conceden un privilegio ético y metafísico a la voz, igualmente, plantean la inferioridad y la exterioridad de la escritura, del mismo modo, hacen de la lingüística una parte de la semiología general y el privilegio del habla está ligado al carácter institucional, convencional arbitrario del signo. Ellos también rechazan toda pertinencia al punto de vista fisiológico en la explicación de la lengua, hacen de la lingüística una parte de la semiología general y defienden que el funcionamiento de la lengua convencional es la articulación.

Igualmente, se insiste en este trabajo de tesis, que el proyecto deconstructivo de Derrida, consiste en mostrar cómo funciona al interior de la metafísica de la escritura fonética un sistema de oposiciones, en el que se privilegia el habla sobre la escritura, manteniendo otras jerarquías como: significado/significante, inteligible/sensible, ausencia/representación. En síntesis, al abordar el subtema de la deconstrucción del objeto integral y concreto de la lingüística, se busca hacer evidente como la estrategia deconstructiva que plantea Derrida, consiste en practicar una inversión de la oposición clásica para lograr un desplazamiento del sistema, que permita, en este caso, la liberación del concepto de escritura y la fundación de la gramatología a través de la deconstrucción del concepto de signo lingüístico.

Tercero: *Condillac y Austin, la ciencia del lenguaje y la escritura como medio de comunicación*. En este subtema, se aborda otra forma de deconstrucción del signo lingüístico, esta vez, con la teoría de lenguaje en Condillac quien, inspirado en el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* de Warburton, propone una teoría del

lenguaje y de la escritura bajo el título general de la comunicación, que según Derrida acentúa el carácter representativo de la comunicación escrita bajo la imagen de la escritura como cuadro, reproducción o imitación de contenido. En el desarrollo de este tema, se busca hacer visible, el motivo de la reducción económica, homogénea y mecánica de la representación de la escritura, deteniéndose en la noción de ausencia en Condillac, en dos aspectos: La noción de ausencia de destinatario y la de marcar y volver a marcar. Se precisa como las ideas de Condillac son denominadas por Derrida como *ideológicas*, afirma el autor, que éstas, en el fondo, hacen parte de una vasta y poderosa tradición filosófica en la que se establece la comunicación como vehículo de una representación como contenido ideal (el sentido) y por tanto, se define la escritura como una especie de comunicación general.

En el segundo capítulo: *La escritura como huella*, se abordan dos subtemas: El primero: La naturaleza arbitraria y naturalizada del signo y la emergencia de la huella instituida y, el segundo: La diferencia como fuente de valor lingüístico. En el primer subtema, subrayamos la diferencia entre habla y escritura en el marco de las oposiciones metafísicas, precisando como la noción de habla en Saussure recoge la tradición del lenguaje como la unión natural entre el pensamiento y la voz y entre el sentido y el sonido, en virtud de esta tesis, la escritura no puede reducirse a ser representación del habla (significado-significante). El desarrollo de este planteamiento se hace necesario para comprender la problemática de la inmotivación de la *huella*.

Para mostrar la naturaleza arbitraria del signo, nos detenemos en dos operaciones, por una parte, la crítica a la propiedad metafísica del concepto de signo, donde se destaca como la semiología de Saussure, ha jugado un doble papel, por una parte, una función crítica, al revelar que el significado era inseparable del significante, así mismo, al mostrar como el significado lingüístico de ningún modo es fónico, y por otra, como este lingüista siguió sirviéndose de manera no crítica del concepto de signo. Por otra parte, la sustitución de la semiología por la gramatología, presente en el discurso de la lingüística de Saussure. Esta es considerada por Derrida, como necesaria para confrontar los desarrollos de la teoría del signo que permitan pensar la escritura ya no como sistema exterior del lenguaje, sino como algo constitutivo del juego de lenguaje, por tal motivo,

no habría que decir una huella inmotivada, en tanto la *huella* pasa a ser su propio devenir inmotivado. En resumen, afirma Derrida, que la inmotivación de la *huella*, debe ser oída como una operación, un movimiento activo y no una estructura dada.

El segundo subtema: La diferencia como fuente de valor lingüístico, buscamos evidenciar las contradicciones que señala Derrida a Saussure para hacer de la escritura un sistema externo. Veamos: al reconocer que la escritura es meramente referencial, Saussure toma el habla como una forma de escritura, haciendo entonces, de los peligros de la escritura una cuestión moral. La escritura es un disfraz, es un parasitario de la lengua, pero, Saussure cae en cuenta, que el tema de la *usurpación* no pudo ser un accidente desgraciado. Considera Derrida, que este supone más bien la existencia de una raíz común, y por ello, tiene que excluir toda la cuestión de la derivación o reflexión representativa de la escritura. Señalamos, como este ejemplo, sirve a Derrida, para revelar que la escritura toma toda su fuerza pedagógica, concluyendo, que lo *arbitrario* y lo *diferencial*, son dos cualidades correlativas. En este planteamiento, se describe como la derivación de la escritura no ha sido posible sino con una condición que el *lenguaje original* no haya existido nunca, que nunca haya sido intacto, intocado por la escritura que el mismo haya sido siempre una escritura, es desde este argumento, que es posible plantear el esbozo de un nuevo concepto: la *archiescritura*.

El tercer y último subtema de este capítulo, se denomina: La *huella* como movimiento mismo de la Différance. Partimos de la noción *huella* pura como diferencia, para hacerlo ver, como un problema metafísico importante para la filosofía de la deconstrucción. Consideramos que Derrida, ve conveniente plantearse la inquietud de cómo conducir esta problemática desde adentro del sistema lingüístico. Para ello, destacamos como el camino que va de Saussure a Hjelmslev impide contornear la *huella originaria*, al neutralizar la sustancia fónica. La diferencia, al no ser más sensible que inteligible, es la que hace posible la articulación de los signos entre sí en el interior de un mismo orden abstracto, puede ser un texto *fónico* o *gráfico*. Se concluye que la *huella* es anterior a toda problemática fisiológica. La *huella* es, en efecto, el origen absoluto del sentido en general.

Finalmente, se aborda la noción de la *huella* como movimiento mismo de la *différance*, para mostrar como la deconstrucción del signo lingüístico, revela que el principio de la diferencia como condición de significación afecta la totalidad del signo a saber el significado y el significante. La lengua, entonces, no comporta ni ideas ni sonidos que preexistan al sistema lingüístico, sino solamente diferencias conceptuales o diferencias fónicas. Entonces, la escritura no es ni secundaria ni accesoria respecto al lenguaje sino que les es esencial, por tanto, la tarea de la *huella* como *archi-huella*, o movimiento de la *différance*, es la constituye todos los procesos de significación y de articulación del lenguaje, y por otro la *différance* que no es una palabra ni un concepto, prefiere nombrarla como un *haz*, por que sería la que más se presta para mostrar que tiene la estructura de una intrincación, de un tejido. Advierte que la diferencia entre la *a* en lugar de la *e*, diferencia señalada entre dos notaciones, es puramente gráfica. Se escribe o se lee pero no se oye.

Se espera que el tratamiento de este tema

en estos dos capítulos, pueda mostrar los aportes de una filosofía deconstructiva a la inmensa tarea de la lectura crítica que corresponde a la filosofía, especialmente, desde una forma poco usual, desde la pregunta por la función de la escritura.

Capítulo 1. DECONSTRUCCIÓN DEL SIGNO LINGÜÍSTICO

La deconstrucción he insistido en ello, no es neutra. La deconstrucción interviene. Jacques Derrida

1. La escritura fonética y el pensamiento metafísico

La metafísica -mitología blanca que reúne y refleja la cultura de occidente: el hombre blanco toma su propia mitología, la indoeuropea, su logos, es decir, el mythos de su idioma, por la forma universal de lo que todavía debe llamar Razón. Lo cual no ocurre sin lucha" (...) Mitología blanca -la metafísica ha borrado en sí misma la escena fabulosa que la ha producido y que siendo, no obstante activa, inquieta, inscrita en tinta blanca, dibujo invisible y cubierto en el palimpsesto"
Derrida, Márgenes de la filosofía.

La postura deconstructiva que plantea Derrida al pensamiento metafísico de occidente, caracterizado por el dominio del etnocentrismo y el fonocentrismo que, instauró la metafísica de la escritura fonética y, cuyo proyecto limitó las condiciones de emergencia de la gramatología como ciencia de la escritura, haciendo visible como la escritura está inscrita en la historia de la metafísica, donde la fonetización de la escritura ha disimulado su propia historia. Para bordar este tema, el autor señala una lectura crítica del lenguaje, al mostrar cómo este se ha vuelto escritura, afirmando como “el concepto de escritura empieza a desbordar la cuestión del lenguaje. En todos los sentidos de la palabra la escritura *comprendería* al lenguaje” (Derrida, 1971p.12). Esta presuposición, lo lleva a revisar lo que está pasando en la biología o en la matemática, donde se empieza a negar el ideal de la escritura fonética¹.

Igualmente, plantea Derrida, una lectura crítica del pensamiento metafísico occidental que se ha caracterizado por la verdad y su relación con el logos. Particularmente, el lenguaje hablado tendría una significación primera, en tanto, la voz aparece como la más próxima al significado y el significante escrito tendría un papel derivado. En síntesis, diría Derrida, esta imposición logocéntrica, es aceptada como algo sobrentendido por los lingüistas, razón por la que el signo lingüístico adopta un carácter doble que implica dos aspectos: uno sensible y otro inteligible.

Finalmente, habría que destacar su postura filosófica desde la deconstrucción, por una parte, considera que estas nociones son necesarias y nada es pensable sin ellas, en tanto, se trata de poner en evidencia la solidaridad sistémica e histórica de los conceptos y gestos de este pensamiento; y por otra, los conceptos son indispensables para conmovier la herencia de la que forman parte.

1.1. La escritura fonética y el dominio del ámbito del logos, la verdad y la ciencia

Afirma Derrida (1971, p. 7-10), que el etnocentrismo que ha dominado hasta ahora, al concepto de escritura, especialmente, el logocentrismo: metafísica de la escritura fonética², se ha convertido en el etnocentrismo más original y poderoso, que se

² Advierte Derrida (1971). que en la práctica de la ciencia, nunca se dejó de impugnar el imperialismo del logos, se cita como un ejemplo, el hecho de que los científicos apelaran a la escritura no fonética, específicamente, se nombra como esta transgresión estuvo contenida en el interior de un sistema alucotorio que dio nacimiento al proyecto de la ciencia y a las convenciones de toda característica no-fonética.

² Afirma Derrida (1977, p.68), "El logocentrismo es un concepto más amplio que el de idealismo, al que sirve de base desbordante. Más amplio también que el fonocentrismo. Constituye un sistema de predicados ciertos de los cuales siempre pueden encontrarse en las filosofías que se dicen no idealistas ó anti-idealistas. El manejo del concepto de logocentrismo es pues delicado y a veces inquietante".

busca imponer en todo el planeta, y que en un único y mismo orden dirige: 1) *El concepto de escritura* en mundo donde la fonetización de la escritura ha de disimular su propia historia en el acto de su producción; 2) *La historia de la metafísica* que pese a todas las diferencias, no sólo de Platón a Hegel, sino también de los presocráticos a Heidegger, asignó siempre al logos el origen de la verdad, salvo por la diferencia representada en forma de metáfora, como una degradación de la escritura y su expulsión fuera del habla plena; 3) *El concepto de ciencia o científicidad de la ciencia*, que siempre se determinó como lógica y que siempre fue un concepto filosófico³. Advierte, que esto no pudo ser de otra manera, por tanto, sostiene:

...es propio de nuestra época que en el momento en que la fonetización de la escritura - origen histórico y posibilidad estructural, tanto de la filosofía como de la ciencia, condición de la episteme- tiende a dominar la cultura mundial, la ciencia no pueda ya satisfacerse con ella en ninguna de sus avanzadas. Esta inadecuación había empezado ya desde siempre, a otorgar el movimiento. Pero actualmente algo deja que aparezca como tal, permitiendo que, en cierto modo, nos hagamos cargo de ella, sin que pueda traducirse esta novedad en las nociones sumarias de mutación, explicitación, acumulación, revolución o traducción. (Derrida, 1971, p.18).

Entonces, considera Derrida, que sí todo esto tiene sentido al interior de la época logocéntrica, entonces, una ciencia de la escritura -la gramatología-, dominada por la metáfora, la metafísica y la teología, da signos de su liberación, gracias a esfuerzos que son

3

³ Advierte Derrida (1971). que en la práctica de la ciencia, nunca se dejó de impugnar el imperialismo del logos, se cita como un ejemplo, el hecho de que los científicos apelaran a la escritura no fonética, específicamente, se nombra como esta transgresión estuvo contenida en el interior de un sistema alucotorio que dio nacimiento al proyecto de la ciencia y a las convenciones de toda característica no-fonética.

decisivos en todo el mundo, afirma que tal empresa parece difícil, pues aunque se superen todos los obstáculos epistemológicos y técnicos, además, de todas las barreras teológicas y metafísicas que la han limitado, la gramatología como ciencia tiende a no nacer nunca como tal y con este nombre, es por ello, necesario, pensar la unidad de su proyecto y de su objeto. En este mismo, sentido manifiesta, que lo que se deja mentar actualmente bajo diversos conceptos de la ciencia y de la escritura, está “en principio, más o menos secretamente pero siempre, determinada por una época histórico-metafísica cuya clausura no hacemos más que entrever y no decimos su *fin*.” (Derrida. 1971, p.9). Por tal motivo, la idea de ciencia de la escritura, solo tendría sentido a partir de un origen y en interior de un mundo, donde ya ha sido establecido un concepto de signo y un determinado concepto de relaciones entre habla y escritura.

1.2. La escritura comprendería al lenguaje. La tesis de la escritura científica.

Con la afirmación de la ‘devaluación’ de la palabra lenguaje, Derrida (1971) plantea que para la época en que escribe la Gramatología (1967),⁴ el lenguaje ocupó el horizonte mundial de las investigaciones más diversas y los discursos más heterogéneos, tanto, en su intención, su método y su ideología, al respecto afirma: “La inflación del

4

² Havelock E. (1996, cap.3), recoge un estado de las investigaciones que sobre el tema del lenguaje hablado en oposición al lenguaje escrito. Señala que en 1963, la insinuación adquirió la forma de un concepto firme. En un lapso de doce meses, entre 1962 y 1963, salieron de las prensas de tres países diferentes, cinco obras de cinco autores. *El pensamiento salvaje* (Lèvi-Strauss), *The Consequences of literacy* de Goody y Watt, *La Galaxia Gutenberg* (McLuhan, *Animal Spcies and Evolution* (Mayr) y *Prefacio a Platón* (Havelock). Anota que los títulos sugieren más diversidad que conexión, pero arrojaban luces sobre el papel de la oralidad en la historia de la cultura humana y su relación con la escritura.

signo 'lenguaje' es la inflación del signo mismo, la inflación absoluta, la inflación como tal" (p.9), igualmente, considera que ésta crisis, es también un síntoma, en tanto, la época histórico-metafísica, implica determinar finalmente como lenguaje la totalidad de su horizonte problemático, particularmente, porque "el lenguaje se halla amenazado en su propia vida, desamparado, desamarrado por no tener ya límites, remitido a su propia finitud en el preciso momento en que sus límites parecen borrarse, en el momento en que deja de estar afirmado sobre sí mismo, contenido, delimitado por el significado que parecía excederlo" (p.9).

Derrida, en estas mismas páginas, llama la atención sobre el privilegio de la escritura sobre el lenguaje, afirma, que todo lo que hace por lo menos veinte siglos tendía y llegaba a unirse bajo el nombre de lenguaje, comienza a dejarse resumir bajo el nombre de escritura:

El concepto de escritura comenzaba a desbordar la extensión del lenguaje. En todos los sentidos de la palabra, la escritura comprendería el lenguaje. No se trata de que la palabra "escritura" deje de designar el significante del significante, sino que aparece bajo una extraña luz en la que "significante del significante" deja de definir la duplicación accidental y la secundariedad caduca. "Significante del significante" describe, por el contrario, el movimiento del lenguaje: en su origen, por cierto, pero se presienten ya que un origen cuya estructura se deletrea así - significante de un significante- se excede y se borra así mismo en su propia producción. En él el significado funciona como un significante desde siempre". (1971, p.12).

Así mismo, hace explícito el planteamiento de cómo la secundariedad que se creía poder reservar a la escritura, afectó todo el significado en general, en tal razón, el advenimiento de la escritura es la emergencia del juego, juego que va hacia sí mismo, borrando el límite desde el que se creyó poder ordenar la circulación de los signos. Admite, sin embargo, que éste movimiento, fue absolutamente necesario, en tal sentido,

el privilegio de la *phoné* no depende de una elección que habría podido evitarse, en tanto es un asunto de época, veamos:

Responde a un momento de la economía (digamos de la 'vida', de la 'historia', o del 'ser como relación consigo'). El sistema del 'oírse-hablar' a través de la sustancia fónica -que se ofrece como significante no exterior, no mundano, por lo tanto no-empírico o no-contingente- ha debido dominar durante toda una época de la historia del mundo, ha producido incluso la idea de mundo. La idea de origen de mundo a partir de la diferencia entre lo mundano y lo no-mundano, el afuera y el adentro, la idealidad y la no-idealidad, lo universal y lo no-universal, lo trascendental y lo empírico, etcétera. (Derrida, 1971, p.13).

Es claro, luego, cómo este movimiento confinó a la escritura a una función secundaria e instrumental, traductora de un habla plenamente presente consigo, en su significado, en el otro, inclusive hasta convertirse en condición la presencia en general. Entonces, lo que se llama lenguaje aparece en su origen y en su fin como un momento, un modo esencial pero determinado, una especie de escritura.

A todo este movimiento, Derrida (1971), lo califica como una aventura que se confunde con la historia que asocia la técnica y la metafísica logocéntrica desde hace más de tres milenios, sin embargo, afirma, es necesario declarar su fin. En efecto, manifiesta que la muerte del libro, anuncia una muerte del habla, un habla de la que se dice ser plena, y una nueva mutación de la historia de la escritura, en la historia como escritura. El concepto de escritura, entonces, excede e implica el de lenguaje, y supone una determinada definición del lenguaje y de la escritura, veamos con más precisión su argumento:

Desde hace un tiempo, aquí y allá, por un gesto y según motivos profundamente necesarios, cuya degradación sería más fácil de denunciar que descubrir su origen, se decía 'lenguaje' en lugar de acción, movimiento, pensamiento, reflexión, conciencia, inconsciente, experiencia, afectividad, etcétera. Se tiene ahora a decir 'escritura' en lugar de todo esto y de otra cosa: se

designa así no solo los gestos físicos de la inscripción literal, pictográfica, sino también la totalidad de lo que hace posible: además, y más allá de la faz significativa, también la faz significada como tal; y a partir de esto, todo aquello que pueda dar lugar a una inscripción en general, sea o no literal e inclusive si lo que ella distribuye en el espacio es extraño al orden de la voz: cinematografía, coreografía, por cierto, pero también 'escritura' pictórica, musical, escultórica, etc. (Derrida, 1971, p.15).

Pero además, Derrida, demuestra que esta concepción no se describe solamente en el sistema de notación que se aplica secundariamente a esas actividades, sino en la esencia y el contenido de las propias actividades. Anota, cómo el biólogo habla hoy de escritura y de pro-grama a propósito de los procesos más elementales de la información que contiene una célula viva, incluso, un programa cibernético será un campo de escritura, aunque esta pueda desprenderse de todos los conceptos metafísicos como el de alma, vida, valor, memoria, que han servido para oponer la máquina al hombre. Tal análisis se conserva hasta que sea denunciada su pertinencia histórico-metafísica, la noción de escritura, de huella de *grama*.

Bajo este mismo propósito, explica igualmente, las razones por las cuales la matemática teórica nunca estuvo ligada a la producción fonética, señalando cómo los historiadores de la escritura han recordado las imperfecciones de la escritura alfabética que, durante mucho tiempo ha sido considerada como la escritura más cómoda y más inteligente. Este enclave, señala el lugar donde la práctica del lenguaje científico, niega desde su interior, el ideal de la escritura fonética, y en particular la filosofía de la episteme que arrastra. Cita también el desenvolvimiento de las prácticas de la información que extienden ampliamente las posibilidades del *mensaje*, que ya no es la traducción *escrita* de un lenguaje, vehículo de un significado que podría permanecer hablado en su integridad.

Para Derrida, todo este desarrollo de la ciencia, mostrará junto a la etnología y a la historia de la escritura que “la escritura fonética ámbito de la gran aventura metafísica, científica, técnica y económica de Occidente, está limitada en el tiempo y en el espacio, se limita a ella misma, en el preciso momento en que está en camino de imponer su ley a las únicas áreas culturales que todavía se le escapaban” (Derrida, 1971, p. 16).

1.3. La diferencia entre el significado y el significante. El tema de la verdad

Se pregunta Derrida ¿Qué es la verdad? y citando Nietzsche, dice: “una multitud en movimiento de metáforas, de metonimias, de antropomorfismos, en resumen una suma de relaciones humanas que han sido poética y retóricamente alzadas, transportadas, adornadas, y que, tras un largo uso, parecen firmes a un pueblo, canónicas y obligatorias; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado lo que son, metáforas que han sido usadas y que han perdido su fuerza sensible, monedas que han perdido su impresión (Bild) y que desde ese momento entran en consideración, ya no como monedas, sino como metal” Márgenes de la filosofía

Es necesario plantear igualmente, la cuestión de la verdad en la época logocéntrica. Efectivamente, afirma Derrida, (1971, pp.16-17), que significación de la *verdad*, y todas las significaciones metafísicas de la verdad son más o menos inseparables de la instancia del *logos* o de una razón pensada en la descendencia del *logos*.

Para Derrida, en esta demostración, en primer lugar, es esencial comprender cómo en este *logos*, el vínculo originario y esencial con la foné, nunca fue roto, en efecto, señala cómo esta relación ha marcado la filosofía occidental. La mejor ilustración es el pensamiento de Aristóteles, para este autor la voz tiene una proximidad inmediata con el alma, “los sonidos emitidos por la voz son los símbolos de los estados del alma, y

las palabras escritas los símbolos de las palabras emitidas por la voz” (De la interpretación 1, 16 a 3), la voz aquí es la productora de los *primeros símbolos*, tiene una relación de proximidad esencial e inmediata con el alma”. (citado por Derrida 1971, p.17). Precisa Derrida, que en esta relación con el *logos*, entre el ser y el alma, las cosas y las afecciones, habría una traducción de significación natural; entre el alma y el *logos* una relación de simbolización convencional, habría entonces una significación primera, que se vincula con la significación natural y universal, relación que produce un lenguaje hablado, en esta concepción, el lenguaje escrito fijaría convenciones que ligan entre sí otras convenciones.

En segundo, lugar siendo la voz es la más próxima al significado, ya sea que se lo determine como sentido, (pensado o vivido) o menos precisamente como cosa. En este modo de pensar el lenguaje, todo significante, en especial el significante escrito, tendría un papel derivado, técnico y representativo, no tendría ningún sentido constituyente. Una consecuencia de estos dos argumentos, es la derivación del origen del *significante*, en efecto, la noción de signo implica en sí la distinción entre significado y significante, noción que permanece en la descendencia de ese logocentrismo, que es también fonocentrismo a saber, proximidad absoluta de la voz y el ser, de la voz y el sentido del ser, de la voz y de la idealidad del sentido; tendencia se confunde con la determinación historial del sentido del ser en general como presencia.

El logocentrismo, por lo tanto, es solidario de la determinación del ser del ente como presencia. En la medida en que dicho logocentrismo no está totalmente ausente del pensamiento heideggeriano, lo mantiene quizá dentro de esta época de la ontoteología dentro de esta filosofía de la presencia, es decir, de la filosofía. Lo cual significaría tal vez que no se sale de la época cuya clausura puede esbozarse. (Derrida, 1971, p.19).

La cuestión, es entonces, cómo la época del *logos* rebaja la escritura, pensada como mediación de mediación y caída en la exterioridad del sentido, en esta época también se sitúa la diferencia entre significado y significante y su pertinencia está organizada en una historia, la historia de la metafísica que está ligada también a sus raíces metafísicas teológicas, que determinan la distinción entre lo sensible y lo inteligible. Concretamente, Derrida considera que:

La diferencia entre significado y significante pertenece de manera profunda e implícita a la totalidad de la extensa época que abarca la historia de la metafísica, y de una manera más explícita y sistemáticamente articulada a la época más limitada del creacionismo y del infinitismo cristiano cuando éstos se apropian de los recursos de la conceptualidad griega” (Derrida, 1971, p.19).

En efecto, para mostrar cómo opera la imposición de esta lógica logocentrista, Derrida advierte que esta distinción es aceptada como algo sobreentendido por los lingüistas y los semiólogos, cuenta cómo estos piensan que la científicidad de su trabajo comienza donde termina la metafísica. Cita a R. Jakobson, para ilustrar esta tendencia:

El rasgo constitutivo de todo signo en general y del signo lingüístico en particular, reside en su carácter doble: cada unidad lingüística es bipartita e implica dos aspectos: uno sensible y otro inteligible por una parte (el significante de Saussure), por la otra el signatum (el significado). Estos dos elementos constitutivos del signo lingüístico (y del signo en general) se suponen y se requieren necesariamente uno al otro. (Jacobson, 1963, p. 62, citado por Derrida, 1971, p.19).

De esta demostración Derrida, concluye, que a estas raíces metafísico-teológicas se vinculan muchos sedimentos ocultos, por tal razón la lingüística no puede mantener la diferencia entre significado y significante -la idea misma de signo- sin la diferencia entre lo sensible y lo aquí inteligible. Reitera que este “*logos* absoluto era en la teología

medieval una subjetividad creadora infinita; la cara inteligible del signo permanece dada vuelta hacia el lado del verbo y de la cara de Dios.” (Derrida, 1971, p.19).

Derrida, insiste, que no se trata de rechazar estas nociones, al contrario, considera que son necesarias y, al menos en la actualidad y para nosotros, nada es pensable sin ellas. Se trata de poner en evidencia la solidaridad sistémica e histórica de conceptos y de gestos de pensamiento que muchas veces se cree inocentemente que se pueden separar. La época de signo es esencialmente teológica.

Igualmente, considera que estos conceptos son indispensables para conmovir la herencia de la que forman parte. Su propuesta es que se haga al interior de la clausura, a través de un movimiento oblicuo y siempre peligroso, corriendo el permanente riesgo de volver a caer más acá de aquello que deconstruye, se precisa entonces, rodear los conceptos críticos con un discurso prudente y minucioso, marcar las condiciones, el medio y los límites de su eficacia, designar rigurosamente su pertinencia a la máquina que ellos permiten deconstruir.

El concepto de signo es ejemplar. Se acaba de señalar su pertinencia metafísica. No obstante advierte, primero, que la temática del signo ha sido el trabajo de agonía de una tradición que pretendía sustraer el sentido, la verdad, la presencia, el ser, etc., al movimiento de la significación, entonces, sí se sospecha de la diferencia entre significado y significante, o de la idea de signo en general, es importante precisar que no se trata de partir de una instancia de verdad presente, anterior, exterior o superar al signo, a partir del lugar de la diferencia suprimida, al contrario la preocupación se dirige a pensar cómo el concepto de signo nunca ha existido ni funcionado fuera de la historia de

la filosofía de la presencia, sino que permanece sistemática y genealógicamente determinado por ella. Esta sería la causa por la que el concepto y en particular el trabajo de deconstrucción permanecen por naturaleza expuestos a los malentendidos y al desconocimiento.

Segundo, que la exterioridad del significante es la exterioridad de la escritura, por ende, que no hay signo lingüístico antes de la escritura, es preciso entonces, afirmar que sin la exterioridad la idea de signo cae en ruinas, no basta, entonces, el decir que se pertenece a una época, no implica ‘pasar a otra cosa’, y desembarazarse del signo, de este término y de esta noción, para percibir el gesto que se esboza aquí, es necesario, entender las expresiones ‘época’, “clausura de una ‘época’, ‘genealogía histórica’ y, en primer término, sustraerlas de todo relativismo.

Tercero, al interior de esta época, la lectura y la escritura, la producción e interpretación de los signos, el texto general como tejido de signos, se dejan confinar en la secundariedad. “Los precede una verdad o un sentido ya constituidos por y en el elemento del logos” (Derrida, 1971, p. 21). El significado tiene en todo caso una significación inmediata con el logos en general (finito o infinito), mediata con el significante, vale decir con la exterioridad de la escritura.

Cuarto, habría que admitir, que todo lo que funciona como metáfora en dichos discursos confirma el privilegio del *logos* y funda el sentido ‘propio’ concedido entonces a la escritura: signo significando un significante que significa a su vez una verdad eterna, verdad eternamente pensada y dicha en la proximidad de un logos presente, concretamente, plantea:

La paradoja a la que es preciso estar atentos es la siguiente: la escritura natural y universal, la escritura inteligible e intemporal es denominada como una metáfora. La escritura sensible, finita es designada como escritura en un sentido propio: es, por lo tanto, pensada del lado de la cultura, de la técnica y del artificio: procedimiento humano, astucia de un ser encarnado por accidente, o de una escritura finita. Por su puesto, esta metáfora permanece enigmática y remite a un sentido “propio” de la escritura como primera metáfora. Este sentido ‘propio’ todavía permanece impensado por los sostenedores de dicho discurso. (Derrida 1971, p. 22).

Por lo tanto, diría Derrida, no se trata de invertir el sentido propio y el sentido figurado, sino más bien de establecer el sentido ‘propio’ de la escritura como la metaforicidad en sí misma. Ilustra este tema con la escritura de la verdad en el alma en Platón, en efecto, afirma, que en la Edad Media la escritura es entendida con este sentido metafórico. Recuerda, cómo el corte más decisivo de esta historia se produce en el momento, en que se constituye al mismo tiempo que la ciencia de la naturaleza, la determinación de la presencia absoluta como presencia consigo, es decir, la subjetividad, en este mismo sentido, precisa cómo el siglo XVII, es momento de los grandes racionalismos.

El argumento de la escritura como metaforicidad en sí misma, es contrastado por Derrida al observar cómo la condenación de la escritura degradada adquiere otra forma, -la que aún vivimos- es la presencia consigo la que será denunciada. Muestra, entonces, cómo Rousseau, repite el gesto platónico, al referirse a un modelo distinto de la presencia: “presencia consigo en el sentimiento, en el cogito sensible que lleva simultáneamente en sí la inscripción de la ley divina. Por una parte la escritura *representativa*, degradada, segunda, instituida, la escritura en su sentido propio y estrecho, es condenada en el *Ensayo del origen de las lenguas*” (Derrida 1971, p.24).

En síntesis, el esquema funcionará así, en un sentido corriente, la escritura es letra muerta, como portadora de muerte ahoga la vida, pero, sobre la otra faz del mismo intento, la escritura en un sentido metafórico, la escritura natural es venerada; siendo igual en dignidad al origen del valor, a la voz de la conciencia como ley divina.

Habría entonces, una escritura buena y una mala, la buena asociada a la inscripción divina en el corazón y el alma, y una escritura perversa y artificiosa, exiliada en la exterioridad del cuerpo, Derrida, explica el esquema binario propio del pensamiento metafísico:

La buena siempre fue comprendida. Comprendida como aquello mismo que debía ser comprendido: en el interior de una naturaleza o de una ley natural, creada o no, pero pensada ante todo en una presencia eterna. Comprendida por lo tanto, en el interior de una totalidad y envuelta en un volumen o un libro. La idea de libro es la idea de una totalidad, finita o infinita, del significante; esta totalidad del significante no puede ser lo que es, una totalidad, salvo sí una totalidad del significado constituida le preexiste, vigila su inscripción y sus signos, y es independiente de ella en su idealidad. (Derrida. 1971, p.25)

Concluye Derrida que, la significación de la verdad es inseparable de la instancia del *logos*, en efecto, considera que las relaciones entre la idea del libro que remite siempre a una totalidad natural es bien extraña al sentido de la escritura, se trata entonces, de una defensa enciclopédica de la teología y del logocentrismo contra la irrupción destructora de la escritura, contra su energía aforística, en otras palabras, contra la diferencia en general, por ello vislumbra que el fin del libro, descubrirá la superficie del texto.

1.4. La unidad elemental e indivisible del significante y la voz. La pregunta por el ser.

Derrida califica como una evidencia tranquilizadora el modo en que la sociedad occidental debió organizarse, es más, que parece aún vivir para justificar la existencia del logocentrismo y fonocentrismo, particularmente, llama la atención, sobre la esencia del significado como presencia y proximidad al logos como *phone*.⁵

Para mostrar cómo la lingüística permanece cautiva de la conceptualidad clásica, al servirse ingenuamente de la palabra ser plantea, cómo “el orden del significado nunca es contemporáneo al orden del significante; a lo sumo es su reverso o su paralelo, sutilmente desplazado -el tiempo de un soplo-” (Derrida (1971, p. 25). El signo al ser la unidad de una heterogeneidad, en tanto, el significado (sentido, cosa, realidad) no es en sí un significante, una *huella*: en todo caso no está constituido por su sentido y su relación con una huella posible. Sólo la existencia de un significado trascendental, afirmaría Derrida, puede legitimar la diferencia entre significado y significante, por ello, no es un azar que el pensamiento del ser como significante trascendental, se manifieste por excelencia en la voz:

La voz se oye a sí misma -y esto es, sin duda, lo que se llama la conciencia- en lo más próximo de sí como la supresión absoluta del significante: auto-afección pura que tiene necesariamente la forma del tiempo y que toma fuera de sí, en el mundo o en la ‘realidad’,

5

⊠ Nietzsche, lejos de permanecer simplemente con Hegel y Heidegger dentro de la metafísica, contribuyó a liberar el significante de su dependencia o de su derivación en relación con el logos y al concepto conexo de verdad o de significado primero, sin embargo, anota Derrida, esta demolición nietzchiana permanece dogmática y cautiva del edificio metafísico que pretende destruir. Heidegger, al contrario, volvería a establecer la instancia del logos y de la verdad del ser como *primum signatum*, o significado “trascendental” (Derrida, 1971, p. 27).

ningún significante accesorio, ninguna sustancia de expresión extraña a su propia espontaneidad. Es la experiencia única del significado que se produce espontáneamente, del adentro de sí, y no obstante, en tanto concepto significado, dentro del elemento de la idealidad o de la universalidad. (Derrida. 1971, p. 28).

Del anterior argumento, se desprende, que la experiencia de la supresión del significante en la voz no es una mera ilusión, es la condición de la idea de verdad, -pero ahí hay un engaño-, anota Derrida, que “este engaño es la historia de la verdad y no se lo puede disipar rápidamente” (p. 28), es en la clausura de esta experiencia, en que la palabra es vivida como unidad elemental e indivisible del significado y la voz. Las palabras que designan en lenguas diferentes el sentido del ser, serían junto con otras palabras, la *palabra originaria*, en tanto palabra trascendental aseguraría la posibilidad de ser-palabra a todas las palabras, en este sentido, estaría pre-comprendida en todo lenguaje, es más, permitiría plantear el sentido del ser en general, por sobre todas las ontologías regionales y toda la metafísica.

Entonces, el sentido no es nada fuera del lenguaje y del lenguaje de las palabras, está ligado a tal o cual palabra o sistema de lenguas, considerando que la posibilidad de la palabra en general sólo se puede pensar de dos formas: 1) una lingüística moderna, ciencia de la significación que quebraría la unidad de la palabra y rompiera con su pretendida irreductibilidad; 2) a la inversa, la pregunta por el ser no está encerrada en una vieja lingüística de la palabra que se practicaría así sin saberlo, tendría que ser sin saberlo, dado que la lingüística sea ésta espontánea o sistemática, ha debido compartir siempre las presuposiciones de la metafísica, en tanto, ambas se mueven en el mismo terreno. Es claro, que la alternativa no podría ser tan simple, este es su planteamiento:

Sí por una parte la lingüística moderna permanece íntegramente encerrada en una conceptualidad clásica, si se sirve en particular e ingenuamente de la palabra ser y de todo lo que ella presupone, lo que en esta lingüística deconstruye la unidad de la palabra en general no puede ya ser circunscripto, según el modelo de las preguntas heideggerianas, tal como funciona potentemente como *Sein und Zeit*, como ciencia óptica u ontología regional. En la medida en que la pregunta por el ser se une indisolublemente a la precomprensión de la palabra ser, sin reducirse a ella, la lingüística que trabaja en la desconstrucción de la unidad constituida de esa palabra no tiene ya que esperar, de hecho o de derecho, que la pregunta por el ser sea planteada para definir su campo y el orden de su dependencia. (Derrida. 1971, p.29).

La pretensión filosófica de Derrida, es abrir el campo epistemológico de la lingüística, en tanto, su ámbito ya no es simplemente óptico, es decir, los límites de la ontología que le corresponden no tienen nada de regional. El punto, es que lo que se diga la lingüística, no se puede decir de toda la investigación, fuera de la lingüística, es en la investigación psicoanalítica, la que tiene mejores posibilidades de ampliarse, por tanto, concluye que estas *ciencias*, no están en general, tan dominadas por las preguntas de una fenomenología trascendental.

En el desarrollo de este planteamiento, Derrida (1971), recurre a Heidegger, quien plantea a la metafísica la pregunta por el ser y con ella la pregunta por la verdad, el sentido y el *logos*, manifiesta que esta meditación, no restauró las certezas, al contrario las expulsó hacia su propia profundidad, en tal sentido, la interrogación por la vigilia de toda interrogación del ser, no contribuyó de la misma manera, que la lingüística más actual a dislocar el sentido del ser, o la unidad de la palabra.

Sin embargo, es necesario mostrar las contradicciones del planteamiento de Heidegger: Luego de haber “evocado la ‘voz del ser’, recuerda que es silenciosa, muda, insonora, sin palabra (...) la voz de las fuentes no se oye, produciéndose una ruptura

entre el sentido originario del ser y la palabra, entre el sentido y la voz, entre la voz del ser y la *phoné*, entre el llamado del ser y el sonido articulado” (p. 30). Según Derrida, esta idea es ambigua frente a la metafísica de la presencia y al logocentrismo, está comprendida en esta y a la vez la transgrede. Pero es imposible dividirla, por lo que habría que afirmar primero, que el sentido del ser nunca es simple y rigurosamente para Heidegger un “significado”, aunque no emplea el término, querría decir, que el ser escapa al movimiento del signo. Proposición que podría entenderse como “una repetición de la tradición clásica o como desconfianza frente a una teoría metafísica o técnica de la significación” (p.30.). El sentido del ser, entonces, no es literalmente ni ‘primero’, ni ‘fundamental’, ni ‘trascendental’; y segundo, que la metafísica occidental como limitación del sentido del ser en el campo de la presencia, se produce como la dominación de una forma lingüística. Su perspectiva es preguntar lo que constituye nuestra historia y lo que ha producido la trascendentalidad. Será preciso, entonces, puntualizar este planteamiento:

Heidegger lo recuerda también cuando en *Zur Seinsfrage*, por la misma razón, deja leer la palabra ‘ser’ únicamente bajo una cruz (*kreuzweise Durchstreichung*). Tal cruz sin embargo no es un ‘signo simplemente negativo’ (...) La tachadura es la última escritura de una época. Bajo sus trazos se borra, quedando legible, la presencia de un significado trascendental. Se borra permaneciendo legible, se destruye ofreciéndose como la idea misma del signo. (Derrida.1971, p. 31-32)

Derrida, va más allá del reconocimiento de la idea que esboza Heidegger acerca de que el sentido del ser no es un significado trascendental, este tiene otro sentido, tal vez, inaudito, una huella significativa determinada, luego, “en el concepto decisivo de diferencia óntico-ontológica, *todo puede pensarse de un solo trazo*: ente y ser, óntico y ontológico, ‘óntico-ontológico’ serían, en un estilo original, derivados respecto de la diferencia” (1971,

p.32). Anota, que si bien, Heidegger y Nietzsche pretenden afectar el sistema desde afuera, advierte, que estas transformaciones sólo son posibles y eficaces y pueden adecuar sus golpes habitando estas estructuras, considera Derrida, que es habitándolas de una determinada manera, puesto que se habita siempre y más aún cuando no se lo advierte. Insiste que el trabajo de deconstrucción se hace desde el interior, extrayendo de la antigua estructura todos los recursos estratégicos y económicos de la subversión, extrayéndolos estructuralmente, vale decir, sin poder aislar en ellos elementos y átomos, esta empresa es arrastrada por su propio trabajo.

2. Deconstruir el objeto integral y concreto de la lingüística

En este apartado, se plantea el trabajo de deconstrucción que hizo Derrida de los textos de Saussure, evidenciando las justificaciones, contradicciones y estrategias discursivas que utilizó este autor, para crear su sistema lingüístico, bajo las exigencias la metafísica de la escritura fonética, que sabemos, se convirtió en el etnocentrismo más original y se impuso a todo el planeta, dirigiendo el concepto de escritura fonética, la historia de la metafísica y la cientificidad de la ciencia.

El punto central es que la ciencia lingüística determina el lenguaje como su campo de objetividad - la unidad de phoné, glossa y logos- y frente a esta unidad la escritura sería derivada, agregada, particular, exterior.

En la lectura que Derrida hace de Saussure, señala Culler (1984), ha inspirado al estructuralismo y a la semiótica, contiene una poderosa crítica de la metafísica de la presencia y, por otra, una afirmación explícita del logocentrismo y un compromiso ineludible con él. Muestra cómo se deconstruye el discurso de

Saussure, pero también observa, que lejos de invalidar el *Curso de lingüística general*, este movimiento deconstructivo es esencial a su poder y pertinencia.

El interés de Derrida por el tema de la escritura se convierte en el ámbito para una crítica de la lingüística, por ello, se vio necesario partir de un planteamiento de la motivación de Derrida por situar las condiciones de surgimiento de una ciencia moderna de la lingüística, cuyos desarrollos surgen en una época donde la escritura fonética dirigió el ámbito del *logos*, la verdad y la ciencia.

Derrida (1970, p.9), afirma que “el interés por el origen de de la lingüística se produce en el momento en que los problemas sobre el origen del lenguaje dejan de estar proscritos para los lingüistas” y cuando un cierto genetismo reconquista sus derechos. Señala como un hecho de esta actividad historicista la ‘lingüística’ de Rousseau, preguntándose, si la reflexión de Rousseau sobre el signo, el lenguaje, el origen, de las lenguas, las relaciones entre el habla y la escritura, etc., estarían anunciando la modernidad de una ciencia lingüística.

Tras un rodeo por las condiciones de posibilidad de una ciencia de la lingüística, Derrida, en este texto, señala dos aspectos: 1) *la apertura de un campo*, en tanto, considera que Rousseau quiere romper con toda una explicación sobrenatural del origen y el funcionamiento del lenguaje. Demuestra Derrida (1970, p.10), que Rousseau expresa su desacuerdo con el desarrollo que realiza Condillac en el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, donde presupone que la sociedad ya está constituida y creada por Dios y más bien busca una explicación del surgimiento de la convención, con el resurgimiento simultáneo de la sociedad y del lenguaje a partir del ‘puro estado de la

naturaleza'. En resumen, plantea cómo la explicación del funcionamiento está dada en la exigencia de la naturalidad. Concretamente, explica así la ruptura hecha por Rousseau:

Sí el 'habla', 'primera institución social... debe su forma sólo a causas naturales', éstas actúan como fuerzas de ruptura con la naturaleza instaurando así naturalmente un orden radicalmente heterogéneo en relación al orden natural. Las dos condiciones, aparentemente, contradictorias, se complementarían mediante la constitución de un campo y de un objeto científico, en este caso el lenguaje: una causalidad natural, continuamente natural, y una ruptura, señalarían la autonomía y la originalidad irreductibles de un dominio. (Derrida, 1970, p.14).

Sin embargo, advertirá Derrida, que todo este planteamiento de Rousseau, no se realiza sin dificultades y sin cierta incoherencia. Señala que en repetidas ocasiones, Rousseau, renunció a la explicación natural y admitió una irrupción violenta, nombrada catastrófica, dentro de la concatenación de la causalidad natural, que produjo la irrupción de lo arbitrario. Esta figura, señala Derrida, se encontrará en todas partes donde se acredite la conceptualidad organizada alrededor de la oposición naturaleza/arbitrario.

2) *La clausura de los conceptos*. En este apartado Derrida (1970, pp.23-31), busca a partir de ciertas tentativas de la lingüística moderna, especialmente, del ejemplo de la lingüística y de la semiología saussuriana, que sustenta un tronco común de las teorías modernas, lo hace señalando un número de analogías, y que se resumen así:

1. Rousseau y Saussure le conceden un privilegio ético y metafísico a la voz. Ambos plantean la inferioridad y la exterioridad de la escritura en relación con el sistema interno de la lengua. Este gesto tiene consecuencias en el conjunto de sus discursos y su semejanza literal es a veces sorprendente. Citando literalmente los enunciados de ambos autores Derrida, puede mostrar cómo ambos lamentan los efectos de la escritura sobre el habla y los condenan desde un punto de vista moral.

2. Ambos hacen de la lingüística una parte de la semiología general, no siendo esta sino una rama de la psicología social que a su vez depende de una psicología general y de una antropología general.

3. El privilegio del habla está ligado, en ambos autores, al carácter institucional, convencional arbitrario del signo.

4. Ambos rechazan toda pertinencia al punto de vista fisiológico en la explicación de la lengua. “La fisiología de los órganos fonatorios no es una parte intrínseca de la disciplina lingüística. Con los mismos órganos, sin ninguna diferencia anatómica o fisiológica que se le pueda asignar, los hombres hablan y los animales no hablan” (p.27).

5. La posibilidad del lenguaje humano, su emergencia del grito natural, lo que hace posible el funcionamiento de la lengua convencional es la articulación. Este concepto desempeña un papel importante en estos autores.

En síntesis, considera que al ser “sistemático su encadenamiento, se puede decir, *a priori*, que ningún aspecto de ambos discursos escapa a él en forma absoluta” (Derrida, 1971, p.29). Se acreditan la oposición naturaleza/convención, naturaleza/arbitrario, el concepto de signo (significante/significado). Al respecto, es necesario advertir que estas oposiciones gobernaron a través de la *historia* de sus modificaciones todo el pensamiento y el lenguaje de la filosofía y de la ciencia hasta el siglo XX.

A continuación se muestra el trabajo de deconstrucción del concepto de escritura en los textos de la Lingüística general de Saussure, especialmente, desarrollados por Derrida, (1970, pp. 37-57), análisis que nos permitirá describir algunas acciones y contradicciones a las que acudió Saussure para defender un proyecto de lingüística

general, que se erige como un sistema de oposiciones donde se privilegia el habla sobre la escritura, y donde operan los binomios significado/significante, inteligible/sensible, ausencia/representación. En este contexto, la tarea deconstructiva que plantea Derrida a la obra de Saussure, consiste más en invertir, desplazar, las jerarquías propias de las categorías tradicionales de la metafísica de la presencia, sin embargo, dado el trabajo con los textos, interesa señalar también los siguientes rasgos de la deconstrucción:

Consiste en una vigilancia extrema al detalle del significante, a la materialidad del texto (...) Aquella vigilancia pone en evidencia la obnubilación de las lecturas sedicentes <<metódicas>>, sistemáticas, hermenéuticas, clásicas, en reconstrucción del querer decir de los autores, en el semantismo con que pretenden <<comprender>> -primero- la intencionalidad de las obras” (Peñalver, 1995, p.16).

Agrega este autor que la deconstrucción se trata de una <<aventura de la mirada>> que se sintoniza, esencialmente, con una inquietud sobre el lenguaje, del lenguaje y en el lenguaje, que parece movilizar la reflexión universal de nuestra época. Considera Peñalver, en estas páginas, que en el libro: La Gramatología, Derrida se despliega en el cuadro de una larga explicación crítica con la lingüística moderna, de Saussure a Jakobson y Hjelmslev, y que, además plantea una <<lectura crítica y productiva>> (de una estructura significante) a lo que se propone; atendiendo, específicamente, a “lo que se le impone al autor de un texto -sin que éste lo perciba-, como su pertinencia al sistema de la lengua, o a cualquier otro sistema determinante (por ejemplo, el de ciertas oposiciones heredadas a través de la metafísica” (Peñalver, 1995,18) Termina destacando la propuesta de lectura, al decir que, “dar a leer es añadir al tejido del texto algún nuevo hilo, poner las manos en su objeto, tocar el texto, y su códigos” (p.19).

2.1. El objeto de la lingüística. Identificar el gesto y el discurso en Saussure.

Para tratar el objeto de la lingüística, Derrida, revisa el siguiente supuesto: si el concepto de escritura debiera definir el campo de una ciencia, entonces, implica preguntar hasta que punto los científicos pueden definir este campo al margen de todas las predeterminaciones histórico metafísicas que se han establecido para la ciencia de la escritura⁶ por ende, la ciencia de la escritura tendría que ir a buscar su objeto en la raíz de la cientificidad. La cuestión planteada por Derrida, es que el gramatólogo menos que nadie puede evitar interrogarse sobre la ciencia de su objeto en forma de una pregunta por el origen. Las preguntas ¿Qué es la escritura? ¿Dónde? y ¿Cuándo comienza? circulan en conceptos muy poco criticados y se mueven en evidencias que parecen haber sido siempre sobreentendidas.

Destaca cómo las preguntas por el origen de la escritura y la del origen del lenguaje muy difícilmente se separan y anota que los gramatólogos debido a su formación de historiadores, epigrafistas y arqueólogos, casi nunca vinculan sus investigaciones a la moderna ciencia del lenguaje. Tal opción la señala Derrida como curiosa, si se tiene en cuenta, que la lingüística ha sido, entre las ciencias del hombre, aquella cuya cientificidad se ofrece como ejemplo.

⁶ La ciencia de la escritura se ha establecido porque: La idea de ciencia nació en una cierta época de la escritura; fue pensada en un proyecto y en un lenguaje que implicaba cierto tipo de relaciones determinadas entre ciencia y escritura; estuvo ligada a la escritura fonética como telos de toda escritura y modelo ejemplar de la cientificidad; la escritura no es sólo un medio auxiliar al servicio de la ciencia, según Husserl, es la condición de posibilidad de los objetos ideales, y por ende de la objetividad científica. (Derrida, 1971, p.37)

Tal situación, hace pensar que la gramatología no se ha apoyado en la lingüística, y que en el movimiento por el que la lingüística se ha instituido como ciencia aparece la presuposición metafísica en lo referente a las relaciones entre habla y escritura. Entonces, se pregunta ¿esta presuposición no obstaculizaría la constitución de una ciencia general de la escritura? ¿Al mostrar esta presuposición no se conmueve el paisaje en el que se instaló apaciblemente la ciencia del lenguaje?

Con estas preguntas Derrida se aproxima al proyecto lingüístico de Ferdinand Saussure, para observar como la cientificidad de esta ciencia es reconocida por lo general en razón a su fundamento fonológico. La temática central es que: “la ciencia lingüística determina -el lenguaje su campo de objetividad- en última instancia y en la simplicidad irreductible de su esencia, como la unidad de phone, glossa y logos” (Derrida, 1971, p. 39), donde la unidad inmediata y privilegiada que funda la significancia y el acto de lenguaje es la unidad articulada del sonido y del sentido en la fonía. Frente a esta unidad la escritura sería derivada, agregada, particular, exterior, duplicación del significante: fonética.

Derrida, señala una contradicción en este planteamiento. Por una parte, hay un discurso declarado, que dice lo que se sobrentiende sin ser dicho, la subordinación de la gramatología, la reducción histórico metafísica de la escritura a rango de instrumento sometido a un lenguaje pleno y originalmente hablado, pero por otro gesto, en tanto, es un hecho, sin ser dicho, el acto de liberar una gramatología general de la que la lingüística fonológica sería una región dependiente y circunscripta. La idea, entonces, es seguir la tensión del gesto y el discurso en Saussure.

La tradición occidental ha regulado las relaciones entre habla y escritura, en esta relación Saussure reconoce a la escritura una función limitada y derivada. “Limitada por que la escritura no es más que una modalidad entre otras de los acontecimientos que pueden sobrevenirle a un lenguaje cuya esencia, según parecen mostrar los hechos, puede permanecer siempre pura de toda relación con la escritura” (citado por Derrida 1971, p.40), en efecto, el enunciado de Saussure “la lengua, pues, tiene una tradición oral independiente de la escritura” (en el *Curso de lingüística general*, Clg, p.73), confirma que la función de la escritura también es derivada, en tanto, que es representativa, significante del primer significante, y representación de la voz presente en sí misma, significación inmediata del sentido”.

En síntesis, se puede decir, que Saussure retoma la definición tradicional de la escritura que en Platón y Aristóteles se centró en torno al modelo de la escritura fonética y del lenguaje de palabras. Esta determinación representativa anota, Derrida, además de conectar con la idea de signo, no expresa una presuposición psicológica o metafísica propia de Saussure, sino que más bien refleja la estructura de un determinado tipo de escritura. “La escritura fonética, aquella de la que nos servimos y en cuyo elemento la *episteme* en general (ciencia y filosofía), la lingüística en particular, pudieron instaurarse” (Derrida, 1971, p.41). No se trata de un modelo de escritura construido que funciona perfectamente, sino de un ideal que dirige todo un funcionamiento que de hecho, nunca es puramente fonético, se mostrarán razones de *hecho* y de *esencia*.

Afirma entonces, Derrida, que el *factum* de la escritura fonética es masivo y verdadero, y dirige toda nuestra cultura y nuestra ciencia y no es, por cierto, un simple hecho entre otros. No responde a una necesidad de *esencia* absoluta y universal. Es a

partir de esta condición, que Saussure define el proyecto y el objeto de la lingüística general, veamos: “El objeto de la lingüística no queda definido por la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada; *esta última es la que constituye por sí sola el objeto de la lingüística* (p.72). [La bastardilla es nuestra]”. (Saussure, citado por Derrida, 1971, p.4.). Se trata entonces, de partir de qué tipo de palabra constituye el objeto de la lingüística y cuáles son las relaciones entre estas unidades atómicas: la palabra escrita y la palabra hablada. En este contexto la palabra (vox) es ya una unidad del sentido y del sonido, en terminología Saussuriana, del significado y del significante. Terminología propia del dominio de la lengua hablada, de la lingüística y no de la semiología.

A continuación se destaca el trabajo de deconstrucción que hace Derrida para describir las justificaciones, contradicciones, argumentaciones, hechas por Saussure en su intención de crear el objeto de la ciencia lingüística, según la presuposición metafísica de las relaciones entre el habla y la escritura.

Plantea Derrida (1971, p.p. 41-43), que Saussure atribuye a la palabra la unidad del sentido y del sonido, por tanto la escritura será fonética, será el afuera, y como representación exterior del lenguaje, la escritura tendrá que operar a partir de unidades de significación, en cuya formación no ha tenido participación, por lo que se pregunta: ¿En qué medida la fascinación atribuida a la palabra en la ciencia lingüística, impidió acordarle a la escritura la consideración que se merecía? En este mismo sentido, considera Derrida que si se dejara de conceder un privilegio absoluto a la palabra, la lingüística se volvería más atenta a la escritura, en efecto, para mostrar cómo los avances de las investigaciones lingüísticas sobre la palabra, cita los estudios de André Martinet, quien llega a una conclusión inversa, al hacer un cuestionamiento a la definición

universalmente aplicable de la palabra, afirma que “los gramáticos y los lingüistas han caído en la cuenta de que el análisis del enunciado podía proseguirse más allá de la palabra, sin volcarse por ello, en la fonética, es decir, desembocar en segmentos del discurso, como la sílaba o el fonema, que ya nada tienen que ver con el sentido (p.39)”. Su propuesta es reemplazar en la práctica lingüística la noción de palabra por la de sintagma, precisando, que la idea no es dejar de lado completamente, el concepto de la palabra, sino atenuar su uso.

Estos estudios, piensa Derrida, sólo incitan a sospechar de un cierto tipo de escritura, la escritura fonética, aquella que se adecua a las divisiones empíricamente practicadas por la lengua oral ordinaria y a los procedimientos de traducción mecánica, que se reglan del mismo modo, por esta práctica espontánea. Entonces, la escritura de la que de la que Saussure afirmaba que no debía ser el objeto de la investigación lingüística, resulta ser la mejor ilustración de la naturaleza de las unidades lingüísticas.

2.2. Demostrar la validez de la escritura fonética y la limitación de los sistemas de escritura.

Con el análisis de la estrategia de delimitación de las oposiciones metafísicas, (Derrida 1971, p.43), investiga el funcionamiento de las oposiciones metafísicas en sus argumentos para mostrar cómo Saussure justifica las relaciones entre habla y escritura. En efecto, Saussure manifiesta cómo la lengua oral tiene una tradición oral independiente de la escritura, limita a dos el número de sistemas de escritura, ambos definidos como sistemas de representación del lenguaje oral, que bien puede

representar palabras de manera sintética y global, o ser la representación fonética de los elementos sonoros que constituyen las palabras, veamos su planteamiento:

No hay más que dos sistemas de escritura: 1º. El sistema ideográfico, en el cual la palabra está representada por un sistema único y ajeno a los sonidos de que se compone. Este signo se refiere al conjunto de la palabra, y de ahí, indirectamente, a la idea que expresa. El ejemplo, clásico de tal sistema es la escritura china. 2º. El sistema llamado comúnmente “fonético”, que aspira a reproducir la serie de sonidos que se suceden en la palabra. Las escrituras fonéticas pueden ser silábicas o alfabéticas, es decir, basadas en los elementos irreductibles al habla. Por lo demás, las escrituras ideográficas se hacen fácilmente mixtas: ciertos ideogramas, desviados de su valor primero, acaban por representar sonidos aislados” (pp. 74/75)”, citado por (Derrida 1971, p. 43).

Considera, Derrida, en esta misma página, que por una parte, esta limitación, en el fondo está justificada por el carácter arbitrario del signo. Si la escritura se define como un “sistema de signos” no habría escritura “simbólica”, ni escritura figurativa, textualmente, “no hay *escritura*, mientras el grafismo conserve una relación de figuración natural y de cierto parecido con lo que ya no es *significado*, sino representado, dibujado, etc.” (p.43.), por ende, el concepto de escritura pictográfica, o escritura natural sería contradictorio para Saussure, por tal razón, pensar la fragilidad de las nociones de pictograma, de ideograma y la impresión de las fronteras entre las escrituras denominadas pictográficas, ideográficas, fonéticas, son motivos para pensar no sólo la imprudencia de la limitación saussuriana, sino también, la necesidad para la lingüística general, de

abandonar toda una familia de conceptos heredados de la metafísica y que se agrupan alrededor del concepto de arbitrario⁷.

Y por otra, que esta limitación, remite a la oposición naturaleza/cultura, oposición producida entre *physis* y *nomos*, *physis* y *techne*, cuya última función es “derivar la historicidad; y, paradójicamente, sólo reconocer sus derechos a la historia, a la producción, a la institución, etc., bajo la forma de arbitrario y sobre el fondo de naturalismo” (Derrida, 1971, p.44), por ende, propone, dejar abierto el problema, dado que el gesto que preside la institución metafísica está también inscrito en el concepto historia e inclusive en el de tiempo.

Saussure, introduce además otra tajante limitación al afirmar que “vamos a limitar nuestro estudio al sistema fónico muy especialmente al que hoy en día está en uso y cuyo prototipo es el alfabético griego” (Saussure, 1965, p.75, citado por Derrida 1971, p. 44).

Estas dos limitaciones, permiten confirmar a Derrida, que toda la demostración de la escritura fonética, hecha por Saussure responde a la más legítima de las exigencias: la científicidad de la lingüística, que requiere que el campo tenga fronteras rigurosas, es decir, que sea un sistema reglado por una necesidad *interna* y que, su estructura sea cerrada, y el concepto *representativista*

☐ En Saussure, la función del signo es representar la cosa durante la ausencia, pero para que exista descripción es necesario que lo que este ausente sea el referente, no el significado, sin el cual el signo no funcionaría. Significante y significado son indisolubles, pero separados del referente para representarlo de lejos, sin nunca separarse por completo. Se reconoce que no existe *lazo natural* entre significante y referente, Saussure, elimina la posibilidad de una motivación natural de los signos. Esta es la justificación del signo arbitrario. (Bennington G. Jacques Derrida, 1994,p.47).

de escritura corresponde al modelo. Entonces, de acuerdo a Saussure, si la escritura es representación de la lengua, se tiene derecho de excluirla de la interioridad del sistema, sosteniendo así que hay un adentro de la lengua, y la imagen debe poder excluirse, sin perjuicio del sistema de la realidad. La escritura es “por sí misma extraña al sistema interno” de la lengua (p.71)” (Derrida, 1971, p.44). Se esboza, entonces, la mirada deconstructiva de la ciencia lingüística que se erige a partir de la escritura fonética.

Externo/interno, imagen/realidad, representación/presencia, tal es la vieja rejilla a la que se confía la responsabilidad de esbozar el campo de una ciencia ¡Y de que ciencia! De una ciencia que ya no puede responder al concepto clásico de la *episteme* pues su campo tiene como originalidad -una originalidad que la inaugura- el hecho de que la apertura en él de la “imagen” aparezca allí como condición de la “realidad” : relación que ya no se deja pensar en la diferencia simple y la exterioridad sin compromiso de la ‘imagen’ y de la ‘realidad’ del ‘afuera’ y del ‘adentro’, de la ‘apariencia’ y de la ‘esencia’ , con todo el sistema de oposiciones que se encadena necesariamente a ello. (Derrida, 1971, p.45).

La escritura fonética, tiene entonces, la como función la de respetar y proteger la integralidad del “sistema interno” de la lengua, inclusive, si no ha logrado hacerlo de hecho. La limitación saussuriana, luego, no responde a una exigencia *científica* del sistema *interno*, sino más bien, a una demanda *epistemológica* en general, dada por la posibilidad de la escritura *fonética* y por la exterioridad de la “notación” respecto a la lógica interna. La pregunta que surge de este planteamiento es ¿qué es lo que le preocupa a Saussure? Parece importante, seguirle la pista a la inquietud de concederle tanta atención a este fenómeno externo. Cita Derrida, el siguiente párrafo del *Curso*: “Así aunque la escritura sea por sí misma extraña al sistema, es imposible hacer abstracción de

un procedimiento utilizado sin cesar para representar la lengua; es necesario conocer su utilidad, sus defectos y sus peligros”, (Saussure, 1965, p.71, citado por Derrida, 1971, p.45).

2.3. Analizar la inquietante inversión de las relaciones naturales entre habla y escritura.

Interesa destacar en este apartado, la operación a la que acude Saussure para justificar las relaciones entre el sistema interno y externo del sistema lingüístico. Esta vez, se trata del regreso a un origen natural, como la interioridad del alma y su presencia viva en el logos, pureza que sería afectada por la exterioridad de la escritura. De manera más precisa: la escritura es “irrupción del *afuera* en el *adentro*, cortando la interioridad del alma, la presencia viva del alma consigo en el logos verdadero, la asistencia que se brinda a sí misma el habla” (Derrida. 1971, p.46).

Se explicita aquí el pensamiento metafísico Saussure, dado que su argumentación obedece más que un error teórico, a una falta de moral, a una especie de impureza, ante todo a un pecado: la inversión de las relaciones naturales entre el alma y el cuerpo en la pasión. Se trata de una denuncia a la inversión de las relaciones naturales habla y escritura, pensamiento que reafirma, toda una tradición occidental donde la escritura, la letra, la inscripción, fueron tratadas como el cuerpo y la materia exteriores al espíritu, al aliento, al verbo y al *logos*.

Aquí se evidencia el tratamiento que hace Derrida, al esquema de oposiciones que describe Saussure:

Una ciencia del lenguaje tendría que volver a encontrar relaciones naturales, lo que quiere decir simples y originales, entre el habla y la escritura, es decir entre un adentro y un afuera. Tendría que restaurar su absoluta juventud y su pureza de origen más acá de una historia y de una caída que habrían pervertido las relaciones entre el afuera y el adentro. Habría así una naturaleza de las relaciones entre signos lingüísticos y signos gráficos, y es el teórico de lo arbitrario del signo quien nos lo recuerda. Según las presuposiciones histórico-metafísicas que evocábamos anteriormente, habría ante todo un vínculo natural del sentido con los sentidos, y es el que va del sentido al sonido (p.74). (Saussure, citado por Derrida, 1971, pp.46-47.)

Esta relación natural queda invertida por el pecado original de la escritura: afirma Saussure: “La imagen gráfica acaba por imponerse a expensas del sonido... y la relación natural queda invertida”. (p.74), “(Saussure, citado por Derrida 1971, p.47). El argumento de Saussure es el siguiente:

En primer lugar, la imagen gráfica de las palabras nos impresiona como un objeto permanente y sólido, más propio que el sonido para constituir la unidad de la lengua a través del tiempo. Ya puede ese vínculo ser todo lo *superficial* que se quiera y crear una unidad meramente *ficticia*: siempre será mucho más *fácil* comprender que el vínculo natural, el único verdadero, el del sonido. [La bastardilla es nuestra] (.73-74). (Saussure, citado por Derrida 1971, p.47).

Se observa entonces, cómo la argumentación de la ciencia lingüística se encuentra habitada por una justificación más de orden moral que teórica, los enunciados de “superficial” y “ficticio”, estarían evidenciando la preocupación de Saussure por la inversión de las relaciones que esta generando la escritura.

2.4. Mostrar la mezcla de la grafía con la fonía. Promiscuidad peligrosa

En este punto del análisis, se describe el fenómeno del olvido del origen simple, habría entonces, una naturaleza mala ‘superficial’, ‘ficticia’, y ‘fácil’ que cancela por impostura la buena naturaleza, aquella que liga al sentido y al sonido:

Se trataría como para Rousseau por ejemplo, de una ruptura con la naturaleza, de una usurpación que iría a la par con la ceguera teórica acerca de la esencia natural del lenguaje, en última instancia sobre ‘el vínculo natural entre los signos instituidos’ de la voz y ‘el primer lenguaje del hombre’, el ‘grito de la naturaleza’ (*Segundo Discurso*). Saussure: “Pero la palabra escrita se mezcla tan íntimamente a la palabra hablada de que es imagen, que acaba por *usurparle* el papel principal”. (p.72). [La bastardilla es nuestra]. Rousseau: “La escritura sólo es la representación del habla; es extraño que se ponga más cuidado en determinar *la imagen* que el *objeto*”. (Derrida, 1971, p.48).

Fascinante intimidad que mezclaría la imagen con la cosa, la grafía con la fonía, hasta el punto que por un efecto de espejo, de inversión y de perfección, el habla aparece como *speculum* de la escritura que usurpa el papel principal. Promiscuidad peligrosa.

En este juego de la representación el punto de origen se vuelve inasible, en las aguas y las imágenes hay un remitirse infinito de unas a otras, pero ninguna fuente. “No hay un origen simple. Puesto que lo que es reflejado se desdobra en sí mismo y no solo porque se le adicione su imagen. El reflejo, la imagen, el doble, desdobra aquello que duplica. El origen de la especulación se convierte en una diferencia” (Derrida, 1971, p.48).

La usurpación teórica y la extravagancia teórica que instalan la imagen entre los derechos de la realidad están determinadas para Rousseau y Saussure, como *olvido* de un origen simple. La escritura, medio mnemotécnico, al suplir la buena memoria espontánea, significa el olvido. Olvido en cuanto mediación y salida fuera

de sí de logos, la escritura sería así, disimulación en el logos de la presencia natural, inmediata del sentido en el alma. Deconstruir esta tradición no consiste simplemente en invertirla, en volver inocente la escritura. Se trataría más bien de mostrar por qué la violencia de la escritura no le sobreviene a un lenguaje inocente. “Hay una violencia originaria de la escritura porque el lenguaje es, en primer término y en un sentido que se mostrará progresivamente escritura. La ‘usurpación’ existe desde el principio” (Derrida, 1971, p. 49).

2.4.1. Memoria y escritura

Derrida (1975) plantea que la vigilancia de la memoria, de la memoria como vida psíquica será una preocupación de Platón en este movimiento de posiciones. El exterior no comienza en la unión de lo psíquico y la físico, sino en el punto en que la memoria en vez de estar presente en la vida, se deja suplantar por un archivo, es decir, por un signo, el espacio de la escritura se abre, entonces, en el movimiento de esta suplencia, en la diferencia entre *mneme e hipomnesis*.

A la memoria viva igual que a cualquier organismo vivo, Platón le asigna límites, ya que una memoria sin límites no podría ser memoria, sino una infinidad de una presencia en sí. Se admite, así, que la memoria, necesita de signos para acordarse de lo no presente con lo que necesariamente tiene relación. Lo ideal para Platón es una memoria sin límites, sin suplemento⁸. Esta exterioridad de la escritura se mantendrá en

8

⁸ Este gesto de la escritura que aparece con Platón y será constante a toda la Filosofía. “arrastramiento fatal del redoblamiento: suplemento de suplemento, significante de un significante, representante de un representante. Parece evidente que la historia de la escritura fonética ha representado un papel decisivo en la determinación de la escritura como redoblamiento del signo. Significante del significante fónico. (Derrida, 1975, p164)

Rousseau y Saussure, y lo que ha ocurrido en filosofía, es que en lugar de trabajar sobre la estructura que hace posible esta suplementariedad, más bien aceptado la <<contradicción lógica>> que parece haberse repetido en la historia:

1. La escritura es rigurosa exterior e inferior a la memoria y al habla vivas, a quienes, por lo tanto, no les afecta. 2) les es perjudicial por que las adormece y las infecta en su propia vida, que sin ella estaría intacta. No habría vicios de memoria ni de habla sin la escritura. 3) Además, si se apela a la hipomnesis y a la escritura, no por su valor propio, es porque la memoria viva es finita, ya tenía huecos antes incluso de que la escritura dejase en ella sus huellas. (Derrida. 1975. p. 166).

La cuestión es que entre memoria y suplemento, el límite resulta más que sutil, de uno y otro lado de este límite. Sí la memoria viva repite la presencia del *eidos* y la verdad es también la posibilidad de repetición en el recuerdo, surge luego, la pregunta por la identidad de aquello o que se imita, se repite o se reproduce, siendo lo verdadero lo repetido de la repetición o más exactamente, lo representado presente en la representación, simplemente, no es el repetidor de la repetición, o el significante de la significación. Lo verdadero es la presencia del *eidos* significado por ello dirá Derrida que “Lo que se repite es el repetidor, el imitador, el significante, el representante, eventualmente en ausencia de la cosa misma que parecen reeditar, y sin la animación psíquica o mnésica, sin la tensión viva de la dialéctica.”(Derrida, 1975, p.167). La preocupación de Platón es que la escritura sería la posibilidad para el significante de repetirse sólo, sin alma que viva para sostenerle y ayudarlo en su repetición, sin que la verdad se presente⁹ Esta operación de Platón tiene un efecto de transposición, imita a los

⁹ Como una complicidad profunda en la ruptura nombra Derrida este rodeo de Platón a la relación entre significante y significado. La metáfora de la hoja ilustra el problema. La escritura no estaría separada de la filosofía, de la dialéctica y del habla viva, más que por el espesor invisible, casi nulo, de una hoja entre significante y significado. La hoja implica un haz y un envés anunciándose en primer lugar como superficie y soporte de la escritura. Surge entonces, la pregunta ¿no es también la

imitadores para restaurar la verdad de lo que imitan y así lograr diferenciar la verdad como presencia, esta diferenciación se rige por la diferencia entre significado y significante. En último, toda esta argumentación estaría justificada por la estructura de ambigüedad y de reversibilidad del *fármakon*.

2. 5. Acudir a la moral para explicar cómo el lenguaje se vuelve escritura

Derrida (1971, p.48 y ss) va mostrando el desplazamiento que va haciendo Saussure para justificar la presuposición metafísica de las relaciones entre habla y escritura. Pensar el lenguaje desde la escritura, es un error teórico y los lingüistas se dejan sorprender por este error, veamos los argumentos de Saussure:

...son *culpables*, su falta es ante todo *moral*, han cedido a la imaginación, a la sensibilidad, a pasión, han caído en la ‘trampa’ (p.73), de la escritura, (*ibíd.*) de esta costumbre, de esta segunda naturaleza. ‘La lengua, pues, tiene una tradición oral independiente de la escritura y fijada de muy distinta manera: pero el prestigio de la forma escrita nos estorba al verla’. Por lo tanto, no estaríamos ciegos a lo visible, sino que estaríamos enceguecidos por lo visible, deslumbrados por la escritura. (Derrida, 1971, p.49)

Además del error teórico, el problema moral es insistente en el planteamiento de Saussure. Ahora, dice, que ceder al “prestigio de la escritura” es ceder a *pasión*. Su concepción se explica por la posición moralista y de psicólogo que viene de una vieja tradición. Explica Derrida, que esta tiranía es en el fondo el dominio del cuerpo sobre el alma, la pasión es una pasividad del alma, por esto, la acción de retorno de la escritura sobre el habla es *viciosa*. Lo que pretende Saussure,

inseparabilidad entre la sofística y la filosofía y la diferencia entre significado y significante el esquema rector a partir del cual el platonismo se instituye y determina su oposición a la sofística?

salvar no sólo la vida natural de la lengua, sino los hábitos naturales de la escritura. Para él es imperativo proteger la vida espontánea, por esto, en la escritura fonética común es preciso cuidarse de no introducir la exigencia científica y el gusto por la exactitud, en tanto, la racionalidad, será portadora de muerte.

Considera que las razones de Saussure son muy buenas y no se trataría de discutir, “al nivel en que el lo dice, la verdad de lo que dice Saussure con semejantes acentos” (Derrida, 1971, p.51) y mientras no esté elaborada una crítica de las relaciones entre habla y escritura, lo que él denuncia como un prestigio de los lingüistas clásicos, se establece como un prejuicio ciego sobre el fondo de una presuposición general.

2.6. Hacer visible cómo cierto modelo de escritura, se ha impuesto.

Se trata ahora de evidenciar la contradicción de los argumentos que hace Saussure al colocar la lingüística bajo la vigilancia de la psicología.

En primer término Saussure, confronta el sistema de la lengua hablada con el sistema de la escritura fonética como el telos de la escritura. Se pregunta, entonces, ¿Cómo es posible la trampa y la usurpación? Anota Derrida, (1971, p, 54 y ss), que él asume esta pregunta, más desde su formación psicológica que de lingüista, situación que explicaría por que toda la lingüística, sector determinado en el interior de la semiología, esta colocada bajo la autoridad y la vigilancia de la psicología. La afirmación del vínculo “natural” entre la *phoné* y el sentido, el privilegio a un orden signifiante, pertenecen expresamente y en contradicción al discurso Saussuriano de una psicología de la conciencia y de la conciencia intuitiva.

Luego para explicar la *usurpación*, y el origen de la pasión, Saussure utiliza el argumento de la permanencia sólida de la cosa escrita y sus descripciones no son precisamente del ámbito de la psicología, ésta nunca podría encontrar en su dominio aquello por lo que se constituye la ausencia del signatario, sin hablar de la ausencia del referente, siendo la escritura el nombre de estas dos ausencias.

Entonces, al explicar la usurpación mediante el poder de duración de la escritura y la virtud de la dureza de la sustancia, parece contradecir lo que afirma en otro lugar, sobre la tradición oral de la lengua y su independencia de la escritura, en efecto, lo que Saussure, hace es enfatizar en el carácter natural de la lengua y como esta naturaleza es afectada desde el afuera por una perturbación que la modifica en su adentro, que la desnaturaliza. Textualmente, es descrita así: “La naturaleza al desnaturalizarse a sí misma, al separarse *de sí misma*, recibiendo naturalmente su afuera en su adentro, es la *catástrofe*, acontecimiento natural que trastrueca la naturaleza, o la *monstruosidad*, separación natural dentro de la naturaleza” (Saussure, Derrida, 1971, p.54), para ilustrar este tema, en el texto se citan los escritos de Saussure, denunciando que los idiomas muy literarios crean pronunciaciões viciosas, hechos patológicos, así mismo, se manifiesta de las monstruosidades ortográficas, afirmando como dichas deformaciones pertenecen a la lengua, pero no resultan de su juego natural. Los conceptos de fijeza, de permanencia y de duración, son imprecisos y por ende, expuestos a una mirada no crítica.

Esta explicación de la “usurpación” no sólo es empírica en su forma sino que es problemática en su contenido, se refiere a una metafísica y a una vieja fisiología de las facultades sensibles continuamente desmentida por la ciencia, así como por la experiencia del lenguaje y del cuerpo propio como lenguaje. Imprudentemente hace de la visibilidad el elemento sensible, simple y esencial de la escritura. Principalmente esta explicación, al considerar lo audible como el medio natural en el que la lengua debe naturalmente recortar y articular sus signos instituidos, ejerciendo en él, así su arbitrio, quita toda posibilidad a cualquier relación natural entre el habla y la escritura en el momento mismo en que la

afirma. Confunde las nociones de naturaleza y de intuición, de las que se sirve de modo constante, en lugar de rechazarlas deliberadamente.” (Derrida, 1971, p.56).

Al respecto, Derrida se pregunta: ¿Qué significan estos límites y estas presuposiciones? Ante todo, considera Derrida que una lingüística no es general mientras defina su adentro y su afuera a partir de modelos lingüísticos determinados. Es necesario distinguir rigurosamente la esencia y el hecho en sus respectivos grados de generalidad, por tanto, el sistema de la escritura en general no puede ser exterior al sistema de la lengua en general, salvo si se acepta que la división entre lo exterior y lo interior pasa por el interior de lo interior o en el exterior de lo exterior y la inmanencia de la lengua este expuesta a la intervención de fuerzas en apariencia extrañas a su sistema.

Por estas razones la escritura no es ‘imagen’ ni ‘figuración’ del lenguaje en general, salvo una reconsideración de la naturaleza, la lógica, y el funcionamiento del sistema del que se la pensaba excluir. Tampoco es signo de signo, salvo que se dijera lo que es profundamente verdadero de todo signo. “Sí todo signo remite a un signo, y si “signo” de “signo” significa escritura, algunas conclusiones, que consideramos cuando llegue el momento, se volverán inevitables”. (Derrida, 1971, p.56).

Entonces, Saussure, lo que veía sin verlo, o lo que sabía sin poder tener en cuenta, siguiendo toda la tradición metafísica es que cierto modelo de escritura se ha impuesto de manera necesaria pero provisional. (Salvo, por la infidelidad de principio, la insuficiencia de hecho, y la usurpación permanente), como instrumento y técnica de representación de un sistema de la lengua. Estas condiciones sólo pueden explicarse, porque:

Este sistema de la lengua asociada a la escritura fonético-alfabética es aquel en el que se produjo la metafísica logocéntrica que determinó el sentido del ser como presencia. Este logocentrismo, esta época del habla plena puso siempre entre paréntesis, suspendió, reprimió, por razones esenciales, toda la libre reflexión sobre el origen y el rango de la escritura, toda ciencia de la escritura que no fuese tecnología e historia de una técnica adosadas a una mitología y a una metafórica de la escritura natural. (Derrida, 1971, p. 57).

Concluye Derrida, que es este logocentrismo, por una mala abstracción del sistema interno de la lengua en general, es el que impide a Saussure y a la mayor parte de sus sucesores determinar plenamente lo que tiene por el nombre de “Objeto integral y concreto de la lingüística”. Pero, es justamente, en el momento en que se ha creído clausurar este problema, cuando Saussure libera el campo de una gramatología general. No sólo la gramatología no estaría excluida de la lingüística general, sino que la dominaría y la comprendería. La errante proscrita de la lingüística, nunca dejó de obsesionar al lenguaje como su primera y más íntima posibilidad. “se escribe en el discurso Saussuriano algo que nunca fue dicho y no es otra cosa que la escritura como origen del lenguaje” (Derrida, 1971, p.57).

Deconstruir el objeto integral y concreto de la lingüística ha implicado para Derrida desplazar el concepto de signo lingüístico de la semiología instaurada por Saussure. Considera Derrida que reducir la exterioridad del significante significa excluir “todo lo que, en la práctica semiótica, no es psíquico”. (Derrida, 1977, p.31), Ahora bien, Derrida, afirma que si Saussure, considera que el “signo lingüístico, es, pues, una unidad dos caras” (p.129)”, (Saussure, citado por Derrida, 1977, p.31), simplemente, ve mal que, se pueda hacer extensible a todo signo, ya sea fonético-lingüístico o no, a esta unidad.

Esto, es justamente, lo que hace Saussure al hacer del signo fonético el *patrón* de todos los signos, y concebir una ciencia que estudie la vida social de los signos en el seno de la vida

social. “Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general, nosotros la llamaremos semiología (del griego *semeion* signo)`” (Saussure, citado por Derrida, 1977, p.31) y la lingüística no es más que una parte de esta ciencia general, agrega Saussure. El trabajo de deconstrucción del signo lingüístico ha consistido entonces, en “transformar los conceptos, desde el interior de la semiología, desplazarlos, volverlos contra sus presupuestos, reinscribirlos en otras cadenas, modificar poco el terreno del trabajo y producir así nuevas configuraciones. “ (Derrida, 1977, p.33).

El desarrollo del tema de la deconstrucción del objeto integral de la lingüística, me permitió comprender la importancia de la deconstrucción como una estrategia para tratar la filosofía. Podría señalar entonces, algunos aspectos de la deconstrucción, siguiendo el pensamiento de Derrida, que me fueron útiles para la estructura de este escrito y los sintetice de esta forma: 1) La deconstrucción no puede limitarse a la simple neutralización de los conceptos, debe por un gesto doble, una ciencia doble y una escritura doble, practicar una inversión de la oposición clásica para lograr un desplazamiento del sistema. Tal movimiento permite intervenir no sólo el campo de las oposiciones que se critica, sino también un campo de fuerzas no discursivas. 2) No hay un concepto metafísico en sí mismo, hay más bien un trabajo metafísico o no sobre sistemas conceptuales; 3) La deconstrucción no consiste en pasar de un concepto a otro, sino de invertir y desplazar un orden conceptual tanto como el orden no conceptual clásico, ambos comportan predicados que han sido subordinados, o excluidos por fuerzas que hay que analizar.

3. Condillac y Austin. La ciencia del lenguaje y la escritura como medio de comunicación

Bajo este título se pretende abordar otro prejuicio de la escritura como representación constituida en la historia de la filosofía del lenguaje. Afirma Derrida (1989) que si se recibe la noción de escritura en su acepción corriente, es necesario ver en ella un medio de comunicación, un poderoso medio de comunicación que se extiende muy lejos, sino infinitamente al campo de la comunicación oral o gestual; al respecto, se pregunta: ¿Aceptar este sentido de la comunicación no es presuponer una especie de espacio homogéneo de la comunicación? Entonces, el sentido, el contenido del mensaje sería transmitido, comunicado por diferentes medios, mediaciones técnicamente más poderosas, a una distancia mucho mayor, pero en un medio fundamentalmente continuo, e igual así mismo, en un elemento homogéneo, a través del cual la unidad, la integralidad del sentido ni se vería afectada. Toda afección sería aquí accidental. El sentido de esta interpretación hermenéutica, ha estado representada en toda la historia de la filosofía de la escritura. Se propone entonces Derrida, demostrar que la teoría de lenguaje en Condillac quien, inspirado en el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* de Warburton, propone una teoría del lenguaje y de la escritura bajo el título general de la comunicación, que acentúa el carácter representativo de la comunicación escrita bajo la imagen de la escritura como cuadro, reproducción o imitación de contenido; ésta imagen advierte Derrida será el rasgo de todos los progresos subsiguientes.

3.1. Escritura y ausencia.

Derrida (1989,p.353), cuestiona el concepto de representación en la teoría de la escritura en Condillac, observa que éste al describir la historia de los tipos de escritura,

muestra su derivación continua a partir de un común radical, que nunca es desplazado y procura una especie de comunidad de participación analógica entre todas las escrituras.

Dice Condillac, citado por Derrida:

He aquí la historia general de la escritura conducida por una gradación simple, desde el estado de la pintura hasta el de la letra, pues las letras son los últimos pasos que quedan tras las marcas chinas, que, por una parte, participan de los naturaleza de los jeroglíficos egipcios, y, por otra, participan de las letras precisamente de la misma manera que los jeroglíficos egipcios participan de las pinturas mejicanas y de los caracteres chinos. Estos caracteres son tan cercanos a nuestra escritura que un alfabeto disminuye simplemente la molestia de su número, y es su compendio sucinto. (Derrida, 1989, p.353)

Mostrando el motivo de la reducción económica, homogénea mecánica de la representación de la escritura, Derrida ve necesario, detenerse en la noción de ausencia en Condillac: 1) la noción de ausencia de destinatario, se escribe para comunicar algo a los ausentes. “La ausencia del emisor, del destinatario en la señal que aquel abandona, que se separa de él y continua produciendo efectos más allá de su presencia y de la actualidad presente de su querer decir, incluso más allá de su misma vida, esta ausencia que pertenece, sin embargo, a la escritura de toda escritura” (Derrida, 1989, p.354): 2) Esta es determinada de la manera más clásica, como una modificación continua, una extenuación progresiva de la presencia, en tanto la representación suple regularmente la presencia. Suplir es uno de los conceptos más operativos y más decisivos en el *Ensayo*. El suplir no es entendido como ruptura de la presencia sino como reparación y modificación continua, homogénea de la presencia en la representación. El concepto de ausencia, es entendido entonces, como modificación de la presencia. En síntesis, plantea Derrida que no pretende analizar todo lo que en la filosofía de Condillac presupone el concepto de

ausencia como modificación de la presencia, decide, entonces observar otro concepto decisivo del Ensayo: Marcar y volver a marcar.

Marcar, según Condillac, quiere decir expresar, representar, recordar, hacer presente. “El signo nace al mismo tiempo que la imaginación y la memoria, en el momento en que es exigido por la ausencia del objeto en la percepción presente. <<la memoria, como hemos visto, no consiste más que en el poder de recordar los signos de nuestras ideas, o las circunstancias que las han acompañado, y este poder no tiene lugar excepto por la analogía de los signos” (Condillac citado por Derrida, 1989, p.355). Subraya Derrida, que este concepto de analogía, organiza todo el sistema de Condillac, asegurando en general todas las continuidades y en particular la de la presencia en la ausencia: la operación filosófica que denomina es ‘volver a marcar’.

Las ideas de este autor son denominadas por Derrida como ideológicas, éstas en el fondo, hacen parte, de una vasta y poderosa tradición filosófica que está dominada por la evidencia de la idea (*eidos, idea*), y de un campo de reflexión de los *ideólogos* franceses que en el surco de Condillac, elaboraron una teoría del signo como representación de la idea que en sí misma, representa la cosa percibida. En síntesis, plantea que, la comunicación sirve de vehículo a una representación como contenido ideal (el sentido); y la escritura, entonces, sería una especie de comunicación general.

Igualmente, considera todo signo, tanto en el <<lenguaje de acción>> como en el lenguaje articulado (antes incluso de la intervención de la escritura en el sentido clásico), supone una cierta ausencia (que está por determinar), es preciso que la ausencia en el

campo de la escritura sea de un tipo original, si queremos reconocerle alguna especificidad al signo escrito.

Derrida, toma este discurso clásico de la escritura como medio de comunicación para caracterizar esta ausencia que parece intervenir de manera específica el funcionamiento de la escritura. Buscando un desplazamiento de este concepto, se pregunta ¿Cómo calificar esta ausencia en un signo escrito? , sí en el momento en que yo escribo, el destinatario está ausente de mi campo de percepción presente, entonces, habría que preguntarse sí esta ausencia, no sería una presencia lejana, diferida o, bajo una forma u otra, idealizada en su representación, o sí esta distancia, esta separación, este aplazamiento, en otras palabras, diferencia, deben poder ser referidas a un cierto absoluto de la ausencia, para que la estructura de escritura, en un supuesto que exista la escritura se constituya. Concluye, entonces, que “Ahí es donde la diferencia como escritura no podría ser ya una modificación (ontológica) de la presencia”. Es preciso que “mi <<comunicación escrita >> siga siendo legible a pesar de desaparición absoluta de todo destinatario determinado en general para que posea su función de escritura, es decir, su legibilidad.” (1989, p. 356), entonces:

.. una escritura que no fuese estructuralmente legible –reiterable- más allá de la muerte del destinatario no sería una escritura” (...) “la posibilidad de repetir, y en consecuencia, de identificar las marcas está implícita en todo código, hace de esta una clave comunicable, transmisible, descifrable, repetible por un tercero, por tanto por todo usuario posible en general. Toda escritura, debe pues, para ser lo que es, poder funcionar en la ausencia radical de todo destinatario empíricamente determinado en general y esta ausencia no es una modificación continua de la presencia, es una ruptura de presencia, la <<muerte>> o la posibilidad de la <<muerte>> del destinatario escrita en la escritura de la marca (en este punto hago notar de paso que el valor o el efecto de trascendentalidad se liga necesariamente a la posibilidad de la escritura y de la <<muerte>> así analizada” (...) “Escribir es producir una

marca que constituirá una especie de máquina productora a su vez, que mi futura desaparición no impediría que siga funcionando y dando, dándose a leer y a escribir y a reescribir” (Derrida. 1989, p.p. 356-57)

Luego, sí es claro, que escribir es producir una marca, entonces, se pregunta: ¿Cuáles son los predicados esenciales en una determinación minimal del concepto clásico de escritura? Derrida plantea tres determinantes, que a continuación se resumen:

- 1) Un signo escrito, en el sentido corriente de esta palabra, es así, una marca que permanece, que no se agota en el presente de su inscripción y que puede dar lugar a una repetición en la ausencia y más allá de la presencia del sujeto empíricamente determinado que en un contexto dado lo ha emitido o producido. Por ello, se distingue la comunicación escrita de la comunicación oral;
- 2) Al mismo tiempo un signo escrito comporta una fuerza de ruptura con su contexto, es decir, el conjunto de las presencias que organizan el momento de su inscripción. Esta fuerza de ruptura no es un predicado accidental, sino la estructura misma de lo escrito y
- 3) Esta fuerza de ruptura se refiere al espaciamiento que constituye el signo escrito: espaciamiento que lo separa de los otros elementos de la cadena contextual interna (posibilidad siempre abierta de ser sacado y de ser injertado). Este espaciamiento no es la simple negatividad de una laguna, sino el surgimiento de la marca” (Derrida. 1989, p. 359).

En este sentido, la marca o el signo deben permitir el reconocimiento y la repetición del mismo, a través de las variaciones empíricas del tono, de la voz, etc., llegado el caso de un cierto acento, por ejemplo, es preciso poder reconocer la identidad de una forma significativa. Afirma Derrida que él extendería esta ley, incluso a toda <<experiencia>> en general, si aceptamos que no hay experiencia de presencia pura, sino

sólo cadenas de marcas diferenciales¹⁰. Entonces, solamente en un contexto determinado por una voluntad de saber, por una intensidad epistémica, por una relación consciente con el objeto como objeto de conocimiento en un horizonte de verdad, en este campo contextual orientado <<el verde es >> inaceptable, pero como este enunciado no constituye su contexto en sí mismo nada impide que funcionen en otro contexto a título de marca significativa.

3.2. La firma y su relación con lo no presente

A partir de la obra de Austin, Derrida (1989) analiza el concepto de firma, para plantear que Austin desde el análisis del lenguaje, trata de justificar con razones no lingüísticas, la preferencia que manifiesta en el análisis de los performativos por las formas de la primera persona, del indicativo presente, en la voz activa, lo que llama la fuente de enunciación. Esta noción –cuyo juego es evidente– reaparece en su texto y gobierna todo el análisis de la quinta conferencia. Dice:

Cuando, en la enunciación, no hay referencia a quien habla (por tanto, a quien actúa) por el pronombre ‘yo’ (o su nombre personal, la persona está a pesar de todo ‘implicada’, por uno u otro de los medios que siguen:

10

☒ Derrida, (1989,p.360), plantea que Husserl en sus investigaciones lógicas había analizado muy rigurosamente esta posibilidad. Se trata de una posibilidad doble: 1) Un enunciado cuyo objeto no es imposible, sino solamente posible puede muy bien estar proferido y oído sin que su objeto real (su referente) esté presente, ya sea ante el que produce el enunciado o ante quien lo recibe. Sin la posibilidad de un enunciado de poder formarse y poder funcionar como referencia vacía o separada de su referente, esta posibilidad que es la iterabilidad general, generable y generalizadora de toda marca, no habrá enunciado. 2) La ausencia del significado, Husserl la juzga siempre posible, incluso, si según la axiología y teleología que gobierna su análisis, juzga esta posibilidad inferior, peligrosa o <<crítica>>: abre el fenómeno de crisis del sentido. Esta ausencia de sentido puede escalar según tres formas. Lo que interesa a Husserl en las Investigaciones lógicas, es el sistema de reglas de una gramática universal, no desde el punto de vista lingüístico, sino desde un punto de vista lógico y epistemológico.

1) En las enunciaciones verbales, el autor es la persona que enuncia (es decir, la fuente de la enunciación-término generalmente empleado en los sistemas coordinados orales).

b) en las enunciaciones escritas (o 'inscripciones'), el autor firma (la firma es evidentemente necesaria, dado que las enunciaciones escritas no están ligadas a su fuente como lo están las enunciaciones verbales) (pág., 83-84). Una función análoga reconoce Austin a la fórmula <<por los presentes>> en los protocolos oficiales" (Austin, Citado, por Derrida, 1989,370).

Entonces, según Austin, una firma escrita implica la no-presencia actual o empírica del signatario, pero el acto recuerda haber estado presente en un ahora pasado, que será todavía un ahora futuro, por ende un ahora en general. Acontecimiento general que está de alguna manera inscrito, pretendido en la puntualidad presente, siempre evidente y siempre singular, de la forma de firma. "Para que se produzca la ligadura con la fuente, es necesario, pues, que sea retenida la singularidad absoluta de un acontecimiento de firma y de una forma de firma: la reproductibilidad pura de un acontecimiento puro" (Derrida, 1989, p.370.). Hay entonces, firma, y los efectos de firma con la cosa más corriente del mundo. Pero la condición de posibilidad de estos efectos, es simultáneamente, la condición de su imposibilidad de su pureza rigurosa. Advierte Derrida que para ser legible, una firma debe poseer una forma repetible iterable, imitable, debe poder desprenderse de la intención presente y singular de su producción.

Concluye entonces:

1) "en tanto que escritura, la comunicación, si se quiere conservar esta palabra, no es el medio de transporte del sentido, el intercambio de intenciones y del querer-decir, el discurso y la <<comunicación>> de las conciencias" (Derrida, 1989,371). Se trata más bien de un despliegue histórico cada vez más poderoso de una escritura general de la cual

el sistema de habla, de la consciencia, del sentido, de la presencia, de la verdad etc, no sería sino un efecto, y como tal debe ser analizado. Este es el efecto puesto en tela de juicio que yo he llamado en otra parte logocentrismo.

2) “el horizonte semántico que habitualmente gobierna la noción de comunicación es excedido o hecho estallar por la intervención de la escritura, es decir, de una diseminación que no se reduce a una polisemia. La escritura se lee, no da lugar, <<en última instancia>>, aun desciframiento hermenéutico, a la clarificación de un sentido o una verdad”. (p.371)

3) a pesar del desplazamiento general del concepto clásico, <<filosófico>>, occidental, etc., de escritura, parece necesario conservar, provisionalmente y estratégicamente, el viejo nombre. Esto implica toda la lógica de la que no puede desarrollar aquí. Muy esquemáticamente: una posición de conceptos metafísicos (por ejemplo, habla/escritura, presencia/ausencia, etc.) nunca es el enfrentamiento de dos términos, sino una jerarquía y el orden de una subordinación”. (p.371)

Se observa en este escrito, la operación deconstructiva que hace Derrida en el análisis de la acepción corriente de escritura, que acentúa un carácter comunicativo, que según Derrida, obedece a una vieja tradición metafísica, donde se escribe para comunicar algo a los ausentes. Es preciso, entonces, trabajar sobre las concepciones de escritura en Condillac, particularmente su concepto de ausencia y de marca, para problematizar el concepto metafísico de presencia. De la misma forma, mostrar como en el concepto de firma en Austin, aparece la reimplantación de un concepto de escritura metafísico.

Es (Culler 1984, p.113), quien define mejor el trabajo que hace Derrida alrededor del concepto de firma en Austin. Para Austin “una firma certifica supuestamente la validez de la presencia en la conciencia de una intención significativa en un momento concreto”. La firma entonces, parece implicar un momento de presencia en la conciencia que constituye el origen de las obligaciones subsiguientes. Según, esto advierte (Culler, 1984, p.113) que, los efectos de la firma dependen de la repetitividad. “Una firma adecuada, una que convalidase un cheque o algún otro documento, es aquella que se ciñe a un modelo y que se puede reconocer como repetición. Esta repetitividad, es una característica esencial de la estructura de la firma, introduce como parte de su estructura una independencia de cualquier intención significativa”. Agrega que, parte de la estructura de la firma que esta se pueda reproducir con un sello o con una máquina, además precisa que la idealización logocéntrica deja al margen a estos casos considerándolos accidentes, suplementos, o en muchos casos parásitos. No se trata de negar que los firmantes tengan intenciones, sino de situar las intenciones, la intención es menos un origen que un producto, menos un contenido delimitado que un conjunto abierto de posibilidades discursivas a las consecuencias de los actos repetibles y a los contextos que plantean preguntas concretas sobre esos actos.

CAPÍTULO II. LA ESCRITURA COMO HUELLA

1. La naturaleza arbitraria y naturalizada del signo y la emergencia de la huella instituida

Para seguir la tesis de la naturalización del signo arbitrario, Derrida (1971, p.58), considera importante analizar la episteme en que se funda lo arbitrario del signo, dado que este es impensable antes de la posibilidad de la escritura. La tesis de lo arbitrio del signo, afirma, debiera impedir que se distinga radicalmente entre el signo lingüístico y el signo gráfico, dado que este concepto sólo es posible en el *interior* de una relación pretendidamente natural entre la voz y el sentido en general y en la necesidad de las relaciones entre significantes y significados determinados, es claro, luego que únicamente estas relaciones estarían reguladas por lo arbitrio. “En el interior de una relación ‘natural’ entre los significados fónicos y sus significados en general, la relación entre cada signifiante determinado y cada significado determinado sería ‘arbitraria”

El planteamiento, es que si todos los signos son determinados, hablados y a fortiori escritos, como instituciones inmotivadas, se debería excluir toda relación de subordinación natural y toda jerarquía natural entre significantes y órdenes de significantes, entonces, si la *escritura* significa inscripción y ante todo institución durable de un signo, la escritura en general cubre todo el campo de los signos lingüísticos. Aparecerían entonces, una serie de significantes instituidos, *gráficos*, regulados por una relación con otros significantes instituidos, por lo tanto, *escritos* aún cuando sean fónicos.

La idea de institución –vale decir de lo arbitrario del signo- parece impensable antes de la posibilidad de la escritura y fuera de su horizonte.

En su tarea deconstructiva, reconoce que es importante, seguir sirviéndose de esta oposición, a saber de la naturaleza de la institución: *physis* y *nomos*, a la que una reflexión sobre la escritura tendría que conmover, dado que funciona como algo sobrentendido, especialmente, en el discurso de la lingüística. Insiste, entonces, que la tesis de lo arbitrario del signo, “sirve para explicar una relación convencional entre el fonema y el grafema (en la escritura fonética, entre el fonema, el significante-significado, y el grafema, puro significante) pero, por la misma razón, impide que éste sea considerado una imagen de aquel”. (Derrida 1971, p.59), Acepta igualmente, que esta fundamentación era necesaria, para la exclusión de la escritura como *sistema externo*, igualmente, para acuñar la imagen de *representación*, de reflejo exterior de la realidad de la lengua. Según Derrida, lo que interesa a Saussure, es que en la estructura sincrónica y en el principio sistemático de la escritura alfabética y fonética en general, no esté implicada ninguna relación de representación *natural*, relación de semejanza o de representación, por lo tanto, ha de rechazarse, en nombre de lo arbitrario del signo, la definición Saussuriana de la escritura como *imagen* –vale decir como símbolo natural- de la lengua.

Al rechazar en nombre de lo arbitrario del signo, la definición de Saussure de la escritura como *imagen* o símbolo natural de la lengua, Derrida hace visible el error de Saussure, en su planteamiento, pues por una parte, hace una distinción entre símbolo y

signo¹¹, y por otra, define la lengua y la escritura como dos sistemas de signos distintos¹², entonces, sí Saussure, lo que hace es acumular argumentos contradictorios para lograr la decisión satisfactoria: la exclusión de la escritura, luego, considera Derrida, que Saussure nunca pudo pensar que la escritura fuese verdaderamente una imagen, una figuración, de la lengua hablada, un símbolo. Si acudió a estas nociones, lo hizo más bien, para decidir sobre la exterioridad de la escritura, por tanto, la intención del discurso en el capítulo IV (Representación de la lengua por la escritura) no era científico: sin embargo, es necesario, precisar que no se refiere a la intención de Ferdinand Saussure, sino a toda la tradición no crítica de la que es heredero.

La estrategia de deconstrucción del signo arbitrario, consistirá entonces, en rastrear de manera crítica los efectos del discurso de Saussure.

Derrida se pregunta:

¿A qué zona de discurso pertenece ese extraño funcionamiento de la argumentación? Esta coherencia del deseo produciéndose de manera casi onírica -pero ella esclarece el sueño antes que se dejase esclarecer por él- a través de una lógica contradictoria ¿Cómo se articula este

11

☐ (Saussure1965, pp. 130-131), afirma, que la palabra símbolo sirve para designar el signo lingüístico, o el significante. Pero señala inconvenientes para admitirlo. El símbolo tiene por carácter no ser nunca completamente arbitrario; no está vacío: hay un rudimento de vínculo natural entre significado y significante. Anota así mismo, que la palabra arbitrio necesita una observación. No debe dar idea de que el significante depende de la libre elección del hablante, no está en manos del individuo cambiar nada en un signo una vez establecido por un signo lingüístico, con esto quiere decir que es inmotivado, arbitrario con relación al significado, con el cual no guarda en realidad ningún lazo natural. (pp..130-131)

12

☐ “Lengua y escritura son dos sistemas distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar el primero; el objeto lingüístico no queda definido por la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada; esta última es la que constituye por sí sola el objeto de la lingüística. Pero la palabra escrita se mezcla tan íntimamente a la palabra hablada de que es imagen, que acaba por usurparle el papel principal” (p.72) (Saussure citado por Derrida, 1971, p.59)

funcionamiento con el conjunto del discurso teórico a través de toda la historia de la ciencia?

Mejor aún, ¿Cómo trabaja desde el interior, el concepto de ciencia? (Derrida, 1971, p.60).

La cuestión, es que todo se explica a partir del predominio de una episteme y una metafísica logocéntrica que justifica el nacimiento de la lingüística, sin plantear radicalmente el problema de la escritura.

Toda esta discusión, piensa Derrida, ofrece un medio seguro para comenzar la deconstrucción de la mayor totalidad del concepto de episteme y la metafísica logocéntrica, en el cual se ha producido el problema radical de la escritura, y todos los métodos occidentales de análisis, explicación, de lectura y de interpretación. La escritura es, al mismo tiempo, más externa al habla, no siendo su imagen o su símbolo y más interna al habla, que en sí misma es ya una escritura. En este contexto, se entiende como el concepto de grafía implica como posibilidad común a todos los sistemas de significación, la instancia de la huella instituida.

Anota (Derrida 1971, p.60), que el trabajo de deconstrucción, consistirá en adelante, extraer lentamente estos dos conceptos del discurso clásico del que necesariamente se toman. Reitera que este “esfuerzo será laborioso y sabemos a priori que su eficacia nunca será pura y absoluta” (Derrida, 1977, pp. 33). Sin duda, reitera que “hay que transformar los conceptos, desde el interior de la semiología, desplazarlos, volverlos contra sus supuestos, reinscribirlos en otras cadenas, modificar poco a poco el terreno de trabajo y producir nuevas configuraciones” (p.35) y por su puesto, no se trata de apelar al mismo concepto de escritura y de invertir simplemente la disimetría que se ha puesto en duda, lo que hay que hacer es producir un nuevo concepto de escritura. Se le pueda llama grama o *différance*.

Es necesario, entonces, pensar que la huella instituida, al igual que la palabra *arbitrario*, no debe dar la idea de que el significante depende de la libre elección del hablante, simplemente no tiene *vínculo natural* con el significado en la realidad, en tanto, la ruptura del vínculo cuestiona para nosotros, la idea de naturalidad más que de vínculo, además esta huella no puede pensarse sin analizar la retención de la diferencia, en tanto, ésta aparece como tal, permitiendo así una libertad entre los términos plenos.

La ausencia del otro aquí-ahora, de *otro* presente trascendental, de *otro* origen del mundo apareciendo como tal, presentándose irreductible en la presencia de la huella, no es una fórmula metafísica que sustituiría un concepto científico de la escritura. Esta fórmula a la par que la negación de *la* metafísica en sí misma, describe la estructura implicada por lo *arbitrio del signo*, desde el momento en que se piensa su posibilidad más acá de la oposición derivada entre naturaleza y convención, signo y símbolo, etc. Estas oposiciones no tienen sentido sino a partir de la posibilidad de la huella. La *inmotivación* del signo “requiere una síntesis en la que lo totalmente otro se anuncia como tal -sin ninguna simplicidad, ninguna identidad, ninguna semejanza o continuidad- dentro de lo que no es él” (Derrida, 1971, p.61). Toda esta argumentación, anuncia la historia a partir de lo que la metafísica ha determinado como lo *no viviente*, hasta la conciencia, pasando por todos los niveles de organización animal.

Seguidamente, manifiesta que, la metafísica ha determinado el ente presente a partir del movimiento ocultado de la huella, por ello, es necesario pensar la huella, antes que el ente. Aclara que el campo del ente antes de ser determinado como campo de presencia, se estructura según diversas posibilidades –genéticas y estructurales- de la

huella. Por esta razón el movimiento de la inmotivación pasa de una estructura a otra cuando el “signo” franquea la etapa del “símbolo”.

1.1. Criticar la propiedad metafísica del concepto de signo

Habría que partir para plantear el problema de la escritura como huella, del análisis que hace Derrida del concepto del arbitrario de signo en Saussure, en tanto, su semiología ha jugado un doble papel, por una parte, un papel crítico, que ha sido decisivo. Saussure ha mostrado: 1) Contra la tradición, que el significado era inseparable del significante, también que el significado y el significante son las dos caras de una sola y misma producción; 2) Que es imposible que el sonido, elemento material, pertenezca por sí a la lengua y que por ende, el significado lingüístico de ningún modo es fónico. En síntesis, “Saussure no pudo dejar de confirmar esta tradición en la medida en que continuó sirviéndose del concepto de signo; de éste, y no menos que de otro concepto, no puede hacerse un uso absolutamente nuevo y absolutamente convencional” (Derrida, 1977, p.27). En esta misma página, afirma que en tal sentido Saussure, se vió obligado a asumir, de forma no crítica, al menos una parte, de las implicaciones que están inscritas en su sistema, en efecto, Saussure, renuncia a sacar todas las consecuencias de su trabajo crítico al usar la palabra *signo*. “En cuanto al término signo, si nos contentamos con él es porque, no sugiriéndonos la lengua usual cualquier otro, no sabemos con qué reemplazarlo” (Saussure, pp. 129-30, citado por Derrida, 1977, p. 27),

En este hilo de la argumentación, afirma (Derrida, 1977, p.26), que la lengua usual no es inocente, ni menos neutra. “Es la lengua de la metafísica occidental y transporta no sólo un número considerable de presuposiciones de todos los órdenes, sino

también presuposiciones inseparables”, es decir, anudadas en un sistema, por lo que es necesario rastrear los efectos en el discurso de Saussure, en tanto:

1) Mantiene la distinción rigurosa -esencial jurídica- entre *signan* y *signatum*, la ecuación entre el *signatum* y el concepto, es decir, lo inteligible, por ende, la diferencia entre significado y significante ha producido la diferencia entre lo sensible y lo inteligible. Esta posición deja abierta la posibilidad de pensar un concepto de *significado en sí mismo*, en su presencia simple al pensamiento.

Al dejar abierta la relación significante/significado, plantea Derrida, Saussure contradice las oposiciones críticas en las que se había empeñado, precisa, que relación da derecho a la exigencia de lo que se ha llamado *el significado trascendental* que no remitiría en su esencia a ningún significante, excedería la cadena de los signos y él mismo, no podría operar como significante. Por tal razón concluye Derrida, la relación significado/significante se vuelve problemática desde su raíz y es una operación que se debe practicar con prudencia, dado que:

a) Debe pasar por la deconstrucción difícil de toda la historia de la metafísica que ha impuesto y no dejará jamás de imponer a toda la ciencia semiológica esta instancia fundamental de un significado trascendental y de un concepto independiente de la lengua; esta instancia no viene impuesta desde el exterior por algo como la “filosofía”, sino por todo lo que liga nuestra lengua, nuestra cultura, nuestro “sistema de pensamiento” a la historia y al sistema de la metafísica; b) No se trata tampoco de confundir a todos los niveles y simplemente el significante y el significado: que esta oposición y esta diferencia no puede ser radical y absoluta no le impide funcionar, e incluso ser indispensable dentro de ciertos límites (Derrida, 1977, p. 29).

Además, agrega Derrida, esta diferencia nunca es pura, y tampoco es su traducción, o mejor su transformación, proceso que es regulado de una lengua a otra, de un texto a otro.

2) Si bien Saussure reconoce la necesidad de poner entre paréntesis la sustancia fónica, afirmando que en esencia el significante lingüístico de ningún modo es fónico, sin embargo, por razones esencialmente metafísicas, se ve obligado a privilegiar la palabra, todo lo que liga el signo a la *phone*, justifica el “vínculo natural” entre el pensamiento y la voz, y entre el sentido y el sonido.

Es necesario, entonces, reconocer que es Saussure, quien inicialmente, ha situado lo arbitrario del signo y el carácter diferencial del signo en el principio de la semiología general, singularmente en la lingüística, en efecto, él postuló que es mejor pensar el significado de una palabra como algo derivado, como el uso que en una lengua *dada* se le da a la palabra. Toda palabra y en general todo acto significativo tendría significado precisamente al estar inserto en el sistema de la lengua. Comprender el sentido de una palabra, implica según esto, comprender la lengua en la que se articula. Todo significado es por ello, para la lingüística y el estructuralismo, relacional y *diferencial*. (Torregrosa, 2004, p.58). El sistema de diferencias define la estructura de una lengua, con esta inversión del esquema tradicional, la identidad del significado depende de las diferencias entre los significantes y lo presente no es ya el significado, sino las diferencias que lo permiten.

1.2. Sustituir la semiología por la gramatología

Considera Derrida que esta operación presente en el discurso de la lingüística de Saussure era necesaria, para confrontar los desarrollos de la teoría del signo en la fenomenología y pensar la escritura ya no como sistema exterior del lenguaje, sino como algo constitutivo del juego de lenguaje.

En este contexto no habría que decir una huella inmotivada: la huella es indefinidamente su propio devenir inmotivado. Retomando la lógica de Saussure, habría que decir, lo que no dice, Saussure “no hay símbolo y signo, sino un devenir-signo del símbolo (...) La huella de la que hablamos no es más *natural* (no es la marca, el signo natural o el índice en un sentido husserliano) que *cultural*, ni más física que psíquica, ni más biológica que espiritual. Es aquello a partir de lo cual es posible un devenir inmotivado del signo, y con él todas las oposiciones ulteriores entre *physis* y su otro” (Derrida, 1971, p.62).

Para tratar el tema central de la teoría del signo, Derrida acude a la fenomenología de Husserl y la de Pierce, en tanto, a ella pertenecen los conceptos de signo, manifestación de la presencia y las relaciones entre la representación y la presentación originaria de la cosa misma¹³. Desde esta perspectiva se piensa que sólo hay signos donde hay sentidos; este rodeo es necesario para cuestionar aquello que se produce cuando hay ausencia de significado, operación que permite pensar la escritura como juego de lenguaje.

¹³ Pierce estaría más cerca de una fenomenología, al declarar que la idea de la *manifestación* es la idea de signo, entonces, la “cosa misma” no es más que un *representamen* sustraído a la simplicidad de la evidencia intuitiva. Y este no funciona sino suscitando un interprete que se convierte a su vez en un signo y así hasta el infinito. (Derrida, 1971,p.63).

Pero, tal argumentación, insiste Derrida requiere agotar la problemática ontológica y trascendental e introducir pacientemente, la pregunta por el sentido del ser, del ente y del origen trascendental del mundo, dicha investigación implica seguir los planteamientos de Husserl y Heidegger, conservando su eficacia y legibilidad¹⁴. La estrategia de Derrida es acudir a la *tachadura*, esta operación permitiría sacar estos conceptos de los límites regionales de un discurso empirista, positivista o metafísico. Es el juego del mundo lo que hay que pensar ante todo, antes de comprender las formas de juego en el mundo.

En síntesis, la inmotivación de la huella, debe ser oída ahora como una operación, movimiento activo, una des-motivación, y no como una estructura dada, dicho por Derrida:

Ciencia de lo 'arbitrario del signo', ciencia de la inmotivación de la huella, ciencia de la escritura antes del habla y en el habla: la gramatología cubriría así el campo más vasto, en cuyo interior la lingüística dibujaría por abstracción su propio espacio, con los límites que Saussure prescribe a su sistema interno y que sería necesario volver a examinar prudentemente en cada sistema habla/escritura a través del mundo y la historia. (Derrida, 1971, p.66).

Explicita Derrida, que hay una sustitución que no sería sólo verbal, que tendría que reemplazar semiología por gramatología en el programa de *Curso de Lingüística general*, dice Saussure: "Nosotros la llamaremos (gramatología) puesto que todavía no

▣ Derrida (1977, p.40,41), reconoce que la extensión del concepto fenomenológico de "sentido" afirma, que esta parece mucho más amplia, incluso es difícil reconocerle límites. Toda experiencia es experiencia de sentido y todo lo que esta por una conciencia general, es sentido. Señala como Husserl en las Investigaciones lógicas, señaló la división entre el sentido en su extensión general (Sinn) y el sentido como objeto de un enunciado lógico o lingüístico, es decir, el sentido como significación. Según Derrida, esta distinción lleva a Husserl a la diferenciar la cara del significante (sensible) y la cara del significado (inteligible), diferencia que opera como una relación de *exterioridad*, respecto de una *interioridad*.

existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esa ciencia general (p.60)” (Saussure, citado por Derrida 1971, p.66).

El interés de esta sustitución puede leerse como el ofrecer por una parte, a la teoría de la escritura la envergadura necesaria contra la represión logocéntrica y la subordinación de la lingüística y por otra, liberar igualmente, el proyecto semiológico mismo, en tanto, su extensión teórica, había permanecido informado por la lingüística, siendo su centro y a la vez su telos.

Plantea que en el decir de Saussure, aunque la semiología fuese en efecto más general y comprensiva que la lingüística, esta continuaba regulándose por el privilegio de uno de sus sectores. El signo lingüístico permanece ejemplar para la semiología¹⁵, explica Saussure que “los signos enteramente arbitrarios son los que mejor realizan el procedimiento semiológico; por eso la lengua, el más complejo de los sistemas de expresión, es también el más característico de todos (p.131)” (Saussure, citado por Derrida,1971, p. 66),

Esta inversión, coherente del sometimiento de la semiología a una translingüística, no hace sino explicitar los intereses de una lingüística histórica, dominada por la metafísica logocéntrica, para la cual, en efecto, no tendría que haber *sentido*, salvo nombrado. En pocas palabras la propuesta de inversión de Saussure, no

¹⁵ Derrida (1971), afirma que es Barthes, quien realiza, la intención del Curso de lingüística general, al invertir la posición de Saussure. Plantea que la lingüística no es una parte, incluso privilegiada, de la ciencia general de los signos, es la semiología la que es una parte de la lingüística.

haría sino fortalecer la supuesta *civilización* de la escritura fonética y por ende del logos, donde el sentido del ser está, en su telos y en la determinación de la verdad.

2. La diferencia como fuente de valor lingüístico. Oponer Saussure a Saussure

Evidenciar las contradicciones de Saussure permite a Derrida ir describiendo las justificaciones de una lingüística que busca hacer de la escritura un sistema externo. La pregunta de Saussure: ¿En qué medida la lengua no es una especie de escritura, comparable a la escritura? Considera Derrida, que este interrogante, no responde a un asunto de extensión o de frontera o a una posibilidad fundada en la posibilidad de la escritura misma, más bien, Saussure cae en cuenta, que el tema de la *usurpación*, no pudo ser un accidente desgraciado; este supone más bien, la existencia de una raíz común, y por ello, tiene que excluir la semejanza de la *imagen*, y toda la cuestión de derivación o reflexión representativa. En esta demostración, es necesario citar a Saussure: “La lengua es un sistema de signo que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritmos simbólicos, a las normas de cortesía o señales militares, etcétera. Sólo que es el más importante de todos los sistemas (p.60)” (Saussure, citado por Derrida 1971, p.67)

Es en esta argumentación cuando el ejemplo de la escritura toma toda su fuerza pedagógica¹⁶. De lo anterior, concluye (Derrida 1971, p.68) “en adelante no es a la tesis

Ⓜ Derrida (1971,p.68, cita16), precisa que Saussure toma como modelo del sistema de signos que es la escritura para aclarar el tema de la diferencias. Resumiendo las cuatro rúbricas demostrativas que toman todos sus esquemas y todo su contenido de la escritura. 1. los signos de la escritura son arbitrarios. No hay conexión entre la letra T y el sonido que designa. 2. El valor de las letras es puramente negativo y diferencial, se trata simplemente que la escritura de la t no se confunda con otros, como la l. 3. Los valores de la escritura no funcionan más que por su oposición recíproca en el seno de un sistema definido, compuesto de un número determinado de letras y 4. El medio de producción es indiferente, por que no interesa al sistema. La forma de la letra no tiene importancia para la significación.

de lo arbitrario del signo lingüístico a la que haremos referencia, sino a la tesis que les es asociada por Saussure como un correlato indispensable y que más bien nos parece que funda la primera: la tesis de la *diferencia* como fuente de valor lingüístico”; se aclara en este punto, que lo *arbitrario* y *diferencial* son dos cualidades correlativas. La operación es entonces, oponer Saussure así mismo:

Antes de ser o no ser ‘anotado’, ‘figurado’ en una ‘grafía’, el signo lingüístico implica una escritura originaria. En adelante no es la tesis de lo arbitrario del signo lingüístico a la que haremos referencia, sino a la tesis que les asociada por Saussure como un correlato indispensable y que más bien nos parece que funda la primera: La tesis de la diferencia como fuente de valor lingüístico. (Derrida, 1971, p.68).

Saussure, en el planteamiento sobre el sistema interno de la lengua plantea una exclusión que le había permitido excluir la escritura: el sonido y su vínculo natural con el sentido. Veamos: “lo esencial de la lengua –ya lo veremos- es extraño al carácter fónico del signo lingüístico” y más adelante (...) “precisa que el significante lingüístico de ningún modo es fónico “es incorpóreo, constituido no por sus sustancia material, sino únicamente por las diferencias que separan su imagen acústica de todas las demás (p.201)” (Saussure, citado por Derrida, 1971, p.69).

En esta misma página, continua Derrida, exponiendo, que sin esta reducción de la materia fónica, la distinción entre lengua y habla, tan decisiva para Saussure, no tendría ningún rigor, lo mismo, sucedería con las oposiciones que se derivan de ella, como código y mensaje, esquema y uso. Concretamente, diría Saussure: la fonología “no es de la ciencia de la lengua más que una disciplina auxiliar y no se refiere más que al habla (p.84)” (Saussure, citado por Derrida, 1971, p.69) , por lo tanto, para este autor, el habla,

se extrae, de ese fondo de la escritura, notada o no que es la lengua, es desde aquí que se medita la connivencia de ambas *fijezas*. En conclusión, que lo que Saussure, dice, del signo en general, y que confirma por medio de la escritura, vale también para la lengua.

“El grama es, por lo tanto, el concepto más general de la semiología, -que se convierte de esta modo en gramatología- y no sólo se ajusta al campo de la escritura en sentido estrecho y clásico, sino también al de la lingüística” (Derrida, 1977, p.36). Su ventaja reside en que neutraliza desde el principio la propensión fonologista del *signo*.

2.1. Modificar el concepto de escritura. La archiescritura

El tema de la reducción de la materia fónica en el argumento de Saussure, plantea la necesidad de pensar los avances de la lingüística en la época donde se reconoce la escritura un status distinto. La reducción de la materia fónica, planteada por Saussure¹⁷ ha llevado a discutir la desemejanza entre de lo gráfico y lo fónico, pregunta Derrida, si tal desemejanza no excluye acaso el tema de la derivación de la escritura, si esta inadecuación no concierne sólo a la escritura alfabética común. En síntesis, lo que se opone es un concepto *científico* del habla a un concepto vulgar de la escritura y por ende, no puede excluirse la escritura de la experiencia general de la relación estructural que existe entre los (rasgos distintivos), lo cual llevaría a modificar el concepto de escritura.

17

☐ Esta operación permite distinguir no solamente entre fonética por una parte y fonología por otra, sino también hace de la fonología una “disciplina auxiliar”, este planteamiento de Saussure va más allá del fonologismo desarrollado por lingüísticas como Jakobson, quien juzga ilegítima la indiferencia a la sustancia fónica de la expresión, así mismo, critica la glosemática de Hjelmslev, que práctica la neutralización de la sustancia sonora.

Derrida (1971, p.71) cita a Martinet, quien siguiendo a Saussure en el capítulo *VI del Curso*, plantea el problema teórico de esta diferencia, el estudio de la escritura representa una disciplina distinta de la lingüística, en efecto, el lingüista hace abstracción, por principio de los hechos de la grafía. Explicita cómo la escritura y su ciencia son extrañas, pero no independientes, situación que les impide ser, inversamente, inmanentes pero no esenciales. “Suficientemente fuera como para no afectar la integridad de la lengua en sí misma, en su pura y original identidad consigo, en su propiedad; lo suficientemente adentro como para no tener derecho a ninguna independencia práctica o epistemológica. Y recíprocamente”. La cuestión es que la escritura generalizada, no es sólo la idea de un sistema inventar, sino por el contrario, que el lenguaje oral pertenece a esta escritura y esto supone una modificación del concepto de escritura.

Lo que se plantea aquí, es que de todos los debates generados al interior la ciencia lingüística, no pretenden rehabilitar la escritura en sentido estricto, ni invertir el orden de la dependencia. Se sabe que el fonologismo no sufre ninguna objeción, en tanto, se conserven los conceptos corrientes de habla y escritura. La pretendida derivación de la escritura no ha sido posible sino con una condición: “que el lenguaje “original”, etc., no haya existido nunca, que nunca haya sido intacto, intocado por la escritura que él mismo haya sido siempre una escritura. Archiescritura cuya necesidad queremos indicar aquí y esbozar el nuevo concepto; y que solo continuamos llamando escritura porque comunica esencialmente con el concepto vulgar de escritura” (Derrida, 1971, p.73)

Este concepto de archiescritura, aclara Derrida, que aunque sea suscitado por los temas de *arbitrario del signo* y de la diferencia, *como fuente de valor lingüístico*, no podrá nunca ser reconocida como objeto de una ciencia, ya que es aquello que no puede

dejarse reducir a la forma de la *presencia*, se sabe que ésta dirige toda la objetividad del objeto y toda relación de saber. Se llama también escritura por que comunica esencialmente con el concepto vulgar de escritura.

Este no ha podido imponerse históricamente sino mediante la disimulación de la archi-escritura, mediante el deseo de un habla que expulsa a su otro y su doble y trabaja en la reducción de su diferencia. Si persistimos en llamar escritura esta diferencia es porque, en el trabajo de represión histórica, la escritura estaba por su situación a significar la más temible de las diferencias. Era lo que amenazaba desde más cerca el deseo del habla viva, lo que la hería desde adentro y desde su comienzo. Y la diferencia, lo probaremos progresivamente, no puede pensarse sin la *huella*.” (Derrida 1971, p.74).¹⁸

Se admite, entonces, que el *Curso de lingüística general* abre y cierra el espacio propio de la gramatología. Derrida, Cita para ilustrar esta problemática a H:J: Uldall, quien afirma que Saussure no desarrolló, todas las consecuencias teóricas de su descubrimiento:

Esto es tanto más curioso si se considera que sus consecuencias prácticas fueron extraídas ampliamente, inclusive miles de años antes de que Saussure, pues sólo gracias al concepto de diferencia entre forma y sustancia que podemos explicar la posibilidad para el lenguaje y la escritura, de existir simultáneamente como expresiones de un único y mismo lenguaje. Sí una de sus dos sustancias, el flujo de aire o el flujo de tinta (*The stream of air or the stream of ink*) fuera una parte integrante de lenguaje en sí mismo, no sería posible pasar de una a la otra sin cambiar el lenguaje (Uldall, 1938, citado por Derrida, 1971, p.76)

En este mismo, sentido (Derrida 1971, p.77 y ss,) al reconocer la especificidad de la escritura, la glosemática, no sólo se permitió los medios para describir el elemento

☐ Sobre el desarrollo de un nuevo concepto “científico” de escritura, plantea Derrida (1971), los desarrollos de la glosemática de Hjelmslev, su concepto o esquema de la lengua (sentido y sonido), en la descendencia de Saussure de su formalismo y de su teoría del valor. Concluye que toda esta crítica se realiza simultáneamente gracias a Saussure y contra él. Para este lingüista un análisis de la escritura que no tenga en cuenta el sonido, aún no se ha emprendido. Es la escuela de Copenhague quien abre un campo de investigaciones, para indagar no sólo la pureza de una forma desligada de todo vínculo “natural” con una sustancia, sino también a todo aquello que, en la estratificación del lenguaje, depende de la sustancia de expresión gráfica (p.78).

gráfico, sino designaba también el acceso al elemento literario, que pasa irreductiblemente por un texto gráfico, que liga el juego de la forma a una sustancia de expresión determinada. “Si hay algo en la literatura que no se deja reducir a la voz, al *epos* o a la poesía, no se lo puede recobrar sino a condición de aislar con rigor ese vínculo del juego de la forma y de la sustancia de expresión gráfica” (p.77).,Esta mirada de lo escrito, abre un nuevo dominio para investigaciones fecundas.

Sin embargo, anota Derrida, que en lo que puede tener de liberador e irrefutable la glosemática opera aún con un concepto corriente de escritura, *la forma de expresión*, vinculada con la forma *sustancia de expresión* gráfica, sigue siendo demasiado determinada. La archiescritura actuaría no solo en la forma y la sustancia de expresión gráfica, sino también en las de expresión no gráfica.

Es que la archiescritura, movimiento de la diferencia, archi-síntesis irreductible, abriendo simultáneamente en una única y misma posibilidad de temporalización, la relación con el otro y con el lenguaje, no puede en tanto condición de todo sistema lingüístico, formar parte del sistema lingüístico en sí mismo, estar situada como un objeto dentro de su campo. (Lo que no quiere decir que tenga un lugar real en otra parte, *en otro sitio* determinable) (Derrida, 1971. p.78).

Se requiere así mismo, justificar esta palabra y crear una comunicación entre el concepto de archi-escritura y el concepto vulgar de escritura, sometido por el primero a la deconstrucción. Así mismo, hay que abordar el concepto de experiencia, que parece dificultoso, en tanto, pertenece a la historia de la metafísica y por tanto, hay que utilizarlo bajo una tachadura. “Experiencia siempre designa la relación de una presencia, ya sea que relación haya o no tenido la forma de conciencia” (p.79).

El concepto de archiescritura, aparece contradictorio e inadmisibile en la lógica de la identidad, la huella, no es la desaparición del origen, este ni siquiera a ha desaparecido, responde a un no origen, la huella deviene así origen del origen.

2.2. Mostrar cómo la huella (pura) es la diferencia

Derrida, plantea aquí un tema metafísico importante para la filosofía de la deconstrucción. Se trataría de sacar el concepto de huella del esquema clásico que lo haría derivar de una presencia o de una no-huella originaria que lo convertiría en una huella originaria¹⁹. Hacer un proceso de deconstrucción implica hacerse las siguientes preguntas: ¿Cómo nos conduce esta necesidad desde el adentro del sistema lingüístico? ¿De que manera el camino que va de Saussure a Hjelmslev nos impide contornear la huella originaria?

Entonces, en la medida en que el pasaje por la *forma* es un pasaje por la *impronta* y siendo el sentido de la diferencia en general más accesible sin la unidad de este doble pasaje, se hace necesario, luego partir de la posibilidad de *neutralizar* la sustancia fónica. El elemento fónico, su plenitud sensible, no aparecerían como tales sin la diferencia o la posición que les darían forma. Esta sería la importancia del llamado a la diferencia como reducción de la sustancia fónica:

Ahora bien, aquí el aparecer y el funcionamiento de la diferencia suponen una síntesis originaria a la que ninguna simplicidad absoluta precede. Tal sería el sentido de la huella

19

¹⁹ Considera Derrida, (1977), que Aquí la problemática se centra en una crítica a la fenomenología de Husserl. Esta filosofía plantea el tema de la experiencia trascendental. El concepto de experiencia en general y de experiencia trascendental, parece dirigido por el tema de la presencia, participando del movimiento de reducción de la huella. "El presente Viviente (Lebendige Gegenwart) es la forma universal y absoluta de la experiencia trascendental a la que no remite Husserl" (pp.79-80-81).

originaria. Sin una retención en la unidad mínima de la experiencia temporal, sin una huella que retuviera al otro como otro en lo mismo, ninguna diferencia haría su obra y ningún sentido aparecería. Por lo tanto aquí no se trata de una diferencia constituida sino, previa a toda determinación de contenido, del movimiento *puro* que produce la diferencia. *La huella (pura) es la diferencia*. No depende de ninguna plenitud sensible, audible, o visible, fónica o gráfica. Es por el contrario, su condición (Derrida, 1971, p. 81).

Es justamente esta condición lo que hace que sea anterior, de derecho a todo lo que denomina signo (significado/significante, contenido/expresión). La diferencia al no ser más sensible que inteligible, permite la articulación de los signos entre sí en el interior de un mismo orden abstracto, puede ser un texto fónico o gráfico, o entre dos ordenes de expresión, así mismo, permite la articulación del habla y de la escritura en sentido corriente, fundando la oposición entre significante y significado, expresión y contenido. Se hace visible entonces, como las ciencias positivas de la significación no pueden describir sino la *obra* y el *hecho* de la diferencias determinadas y las presencias determinadas a las que dan lugar.

En esta misma página, dice Derrida, que Saussure, al plantear la diferencia entre imagen acústica y sonido objetivo, se otorga el derecho de reducir las ciencias de la acústica y de la fisiología al momento en que instituye la ciencia del lenguaje. La imagen acústica es la estructura del aparecer del sonido, que no es otra cosa que el sonido apareciendo. Es esta imagen la que se llama significante, reservando el nombre de significado no a la cosa, sino al concepto, en otras palabras, a la idealidad del sentido. “El ser-oído es estructuralmente fenomenal y pertenece a un orden radicalmente heterogéneo al sonido real en el mundo” (Derrida, 1971, p.82). Lo que se impone, entonces, es hacer una reducción fenomenológica, indispensable para cualquier análisis del ser-oído, ya sea inspirado en preocupaciones lingüísticas o psicoanalíticas. Saussure la llama la “imagen

psíquica”, concepto que da lugar a la discusión fenomenológica que plantea la superación naturalista que vive la psicología y las ciencias del hombre entre la experiencia interna y la experiencia externa. Para Derrida es importante salvar la distinción entre el sonido que aparece y el aparecer del sonido, para evitar caer en la más corriente de las confusiones. Se trata de superar la antinomia entre invariancia y variabilidad en Jakobson, quien asigna a la primera a la experiencia interna y la segunda a la experiencia externa.

La diferencia entre la invariancia y la variabilidad no separa los dos campos entre sí, los divide uno y otro en sí mismos. Lo que indica suficientemente que la esencia de la *phoné* no podría ser leída directamente y en primer lugar en el texto de una ciencia mundana, de una psico-fisiofonética. Después de tomar estas precauciones, debe reconocerse que es en la zona específica de esta impronta y de esta huella, en la temporalización de una *vivencia* que no está *en* el mundo ni en “otro mundo”, que no es más sonora que luminosa, ni está más *en* el tiempo que *en* el espacio, donde las diferencias aparecen entre los elementos o, más bien, los producen, los hacen surgir como tales y constituyen *textos*, cadenas y sistemas de huellas. Tales cadenas y sistemas no pueden dibujarse sino en el tejido de esta huella o impronta. La diferencia inaudita entre lo que aparece y el aparecer (entre el “mundo” y lo “vivido”) es la condición de todas las otras diferencias, de todas las otras huellas, y ella es ya una huella. (Derrida, 1971, p.84).

El concepto de huella, entonces, es anterior a toda problemática fisiológica sobre la naturaleza de la metafísica, sobre el sentido de la presencia absoluta cuya huella se descifra. “*La huella es, en efecto, el origen absoluto del sentido en general*” (Derrida, 1971, p.84.). La diferencia entre el aparecer y la significación y ningún concepto de la metafísica puede describirla. No tendría entonces, ningún sentido en establecer una jerarquía *natural* entre la impronta acústica y la impronta visual-gráfica. Desde la huella, la impronta gráfica no es vista y la imagen acústica no es oída. Además la diferencia entre las unidades plenas de la voz permanece inaudita, e invisible en el cuerpo de la inscripción. “La noción de huella implica un cierto desplazamiento con respecto a la metódica freudiana. En la deconstrucción la idea de huella significa la crítica de todo

origen: En el principio no hay origen (no hay padre, no hay *lógos*, ni ley, ni norma), sino huella que no remite a ningún origen, huella de huella” (Cragolini, 2007, p.72).

(Derrida, 1977, p.55), precisa, luego, hacer visible la estrategia de deconstrucción que aparece en este apartado. “Hay que avanzar por lo tanto un gesto doble, según una unidad a la vez sistemática y como apartada de sí misma, una escritura desdoblada, es decir, multiplicada por ella misma, que he llamado, en “la doble sesión” una doble ciencia”. En síntesis se trata, dice Derrida, de atravesar una fase de inversión para dar paso a una *neutralización* que, dejaría el campo anterior en su estado y se privaría de todo medio para intervenir efectivamente. “También es necesario, mediante una escritura doble, justamente estratificada, cambiada y cambiante, marcar la separación entre la inversión que pone abajo lo que esta arriba, deconstruye la genealogía subliminante o idealizante, y la emergencia irruptiva de un nuevo concepto”

2.3. Preguntar el tiempo de la presencia. La archi-escritura como espaciamiento.

Siguiendo la argumentación de Saussure, Derrida, se detiene en la noción de articulación. La escritura de la diferencia, tejido de la huella, permite articularse a la diferencia entre el espacio y el tiempo, que aparece como tal en la unidad de una experiencia -una *misma* vivencia a partir de un *mismo* cuerpo propio-. Esta articulación permite, a una cadena gráfica que puede ser *visual, táctil o espacial*, adaptarse, a una cadena lineal, a una cadena hablada, *fónica, temporal*. Es preciso partir de la posibilidad primera de esta articulación, por tanto, la diferencia es la articulación. Esto es lo que plantea Saussure en contradicción con el capítulo VI.

La cuestión del aparato vocal es secundaria en el problema del lenguaje. Cierta definición de lo que se llama lenguaje articulado podría confirmar esta idea. En latín artículos significa

‘miembro’, parte, subdivisión en una serie de cosas; en el lenguaje, la articulación puede designar o bien la subdivisión de la cadena hablada en sílabas, o bien la subdivisión de la cadena de significaciones en unidades significativas.... Ateniéndonos a esta segunda definición, se podría decir que *no es el lenguaje hablado el natural al hombre*, sino la facultad de constituir una lengua, es decir, un sistema de signos distintos que corresponden a ideas distintas (Saussure citado por Derrida 1971, p.85).

Piensa, entonces, (Derrida, 1971, p.86), como la idea de *impronta psíquica* se comunica con la idea de articulación, siendo síntesis temporalizadora que permite a las diferencias aparecer en una cadena de significaciones, que la *impronta* sea irreductible, quiere decir, que el habla es originariamente pasiva, pasividad que es también la relación con un pasado, nombrado como un allí -desde siempre- y al que ninguna reactivación del origen podría dominar plenamente y despertar a la presencia. La imposibilidad de reanimar absolutamente la evidencia de una presencia originaria nos remite a un pasado absoluto. “Esto es lo que nos autoriza a llamar huella a aquello que no se deja resumir en la simplicidad de un presente”. Este remitir a un pasado absoluto, implica pensar un pasado que sólo puede comprenderse en la forma de presencia modificada, como un presente-pasado. Pero sí la huella difiere, entonces, habría que pensar en tachar ese nombre de pasado absoluto, pudiéndose, decir, luego, que su pasividad es también relación con el porvenir. Lo que se está queriendo decir, es que el concepto metafísico de tiempo en general, no puede describir adecuadamente la estructura de la huella.²⁰

☐ El carácter metafísico del concepto de historia no está ligado solamente a la linealidad sino a todo un sistema de implicaciones (teleología, escatología, acumulación, de sentido, cierto tipo de tradicionalismo, un cierto concepto de continuidad y de verdad). No es fácil deshacerse de esta noción de historia, sin un desplazamiento general de la organización, sin hacer trabajar el sistema mismo. (Derrida, 1977,p.75)

(Derrida 1971, pp., 87- 88), precisa que la noción lineal de tiempo pensado desde un presente, pasado y porvenir no puede describir la estructura de la huella, sin embargo, no se trata de conservar la estructura de tiempo conservando en el su homogeneidad y su sucesividad fundamentales, mostrando a la manera de Husserl cómo el presente pasado y el presente futuro constituyen originariamente, dividiéndola, la forma presente viviente, “la temporalidad a que se refiere no puede ser la que se presta a una fenomenología de la conciencia o de la presencia y, sin duda, se puede entonces negar el derecho de llamar todavía tiempo, ahora, presente anterior, retardo, etc., todo lo que aquí se discute”

Plantea Derrida, entonces, como problema el de la fenomenología trascendental de la conciencia interna del tiempo, que se presenta deseosa de poner entre paréntesis el tiempo cósmico, y en este sentido demande en tanto conciencia interna, vivir un tiempo cómplice del tiempo del mundo, y el habla estaría en el mundo enraizada en esta pasividad que la metafísica denominada sensibilidad general. Dice, Derrida, “Según Saussure la pasividad del habla es ante todo su relación con la lengua. La relación entre la pasividad y la diferencia no se distingue de la relación entre inconsciencia fundamental del lenguaje (como enraizamiento en la lengua) y espaciamento (pausa, blanco, puntuación, intervalo en general etc.) que constituye el origen de a significación. Porque “la lengua es una forma y no una sustancia (p.206)”. (p.88).

Con esta crítica a la noción de tiempo metafísico Derrida busca mostrar que la archi-escritura como espaciamento²¹ no puede darse, en la experiencia fenomenológica

de una presencia. Señala el tiempo muerto en la presencia del presente viviente, en la forma general de toda presencia, aquí el tiempo muerto trabaja. Precisa Derrida, que pese a todos los recursos discursivos que hay que pedirle en préstamo, el espaciamiento de la huella nunca se confundirá con una fenomenología de la escritura, por ello, una fenomenología del signo en general, es imposible y también lo es una fenomenología de la escritura.

Anota, que se comprende mejor por qué Freud dice del trabajo del sueño que es comparable más bien a una escritura que a un lenguaje, y a una escritura jeroglífica más que a una escritura fonética. Y por qué Saussure dice que la lengua que “no es una función del sujeto hablante (p.57)” (citado por Derrida 1971, p.88.). Estas proposiciones deben entenderse, más allá de simples inversiones de una metafísica de la presencia o de la subjetividad consciente.

Constituyéndolo o dislocándolo simultáneamente, la escritura es distinta del sujeto, en cualquier sentido que se lo entienda. Nunca podría pensarse bajo su categoría; de cualquier manera que se la modifique, que se la afecte de conciencia o de inconsciencia, remitirá a todo lo largo de su historia, a la sustancialidad de una presencia impasible ante los accidentes o a la identidad de lo propio en la presencia de la relación consigo. (Derrida, 1971, p. 89).

En esta misma página, precisa Derrida, que el espaciamiento como escritura es el devenir -ausente y el devenir inconsciente- del sujeto, mediante el movimiento de su deriva, la emancipación del signo constituye el deseo de su presencia. Esta deriva no le sucede al sujeto que lo elegiría o que se dejaría llevar pasivamente por él. “Como relación del sujeto con su muerte, dicho devenir es la constitución de su subjetividad. En todos los niveles de organización de la vida, vale decir *de la economía de la muerte*. Todo grafema

teológica. El espaciamiento, opera en todos los campos, pero precisamente, en cuanto a campos diferentes, su operación es en cada uno cada vez diferente. (p.104)

es de esencia testamentaria. Y la ausencia general del sujeto de la escritura es también la de la cosa o el referente. (Derrida, 1971,p. 89).

Lo que plantea Derrida, es como en la horizontalidad del espaciamento no hay que mirarla desde la relación superficie-profundidad, por ende, la significación solo se forma en el hueco de la diferencia: “de la discontinuidad y de la discreción, de la desviación y de la reserva de lo que no aparece” (Derrida,1971, p.90). Esta juntura del lenguaje con la escritura, ha podido contrariar en la lingüística el prejuicio continuista, su renuncia implica para la fonología renunciar a toda distinción radical entre el habla y la escritura, e incluso a todo fonologismo.

Igualmente, esta juntura produce la imposibilidad de pensar la unidad de un significante y un significado y por ende producirse en plenitud de un presente y de una presencia absoluta, es a partir de este concepto que se dice que no hay habla plena. Antes de seguir insistiendo en el sentido del habla plena que dice ser la verdad, habría que pensar su sentido y su origen en la diferencia, siendo este el lugar de la problemática de la huella. Bueno, se pregunta Derrida, y ¿Por que la huella? ¿Qué lo ha guiado en la elección de esta palabra?, en la siguiente cita, encontraremos el argumento que nos muestra el pensamiento derridiano de la deconstrucción.

Si las palabras y los conceptos sólo adquieren sentido en encadenamientos de diferencias, no puede justificarse su lenguaje, y la elección de los términos sino en el interior de una tópica y de una estrategia histórica. La justificación nunca puede ser absoluta y definitiva. Responde a un estado de fuerzas y traduce un estado histórico. De esta manera cierto número de datos pertenecientes al discurso de la época nos han impuesto esta elección más que aquellos que hemos definido ya. La palabra huella debe hacer referencia por sí misma a un cierto número de discursos contemporáneos con cuya fuerza esperamos contar (Derrida, 1971, p.91)

Seguidamente, advierte, que no se trata de que aceptemos la totalidad de estos discursos, pues más allá del discurso Heideggeriano, la noción de huella, significa la destrucción de una ontología que en su desarrollo más profundo determinó el sentido del ser como presencia y el sentido del lenguaje como continuidad plena del habla.

Se trata entonces, de volver enigmático “lo que cree entenderse bajo los nombres de proximidad, inmediatez, presencia (lo próximo, lo propio y el pre de la presencia” (p.91). Tal sería la intención de presente ensayo. La desconstrucción de la presencia pasa por la desconstrucción de la conciencia, es decir, de la noción irreductible de huella, tal como aparece en Nietzsche y en Freud. La noción de conciencia aparece como dominante e irreductible.

La huella archi-fenómeno de la “memoria”, es preciso pensarla antes de la oposición entre naturaleza y cultura, animalidad y humanidad, ésta pertenece al movimiento mismo de la significación, y está *apriori* escrita, ya sea que se la inscriba o no en el elemento “sensible” y “espacial” que se llama “exterior”.

Archiescritura, primera posibilidad del habla, luego de la “grafía” es un estado estricto, lugar natal de la “usurpación” denunciada desde Platón hasta Saussure, esta huella es la apertura de la primera exterioridad en general, el vínculo enigmático del viviente con su otro y de un adentro con un afuera: el espaciamiento. El afuera exterioridad ‘espacial’ y ‘objetiva’ de la cual creemos saber qué es la cosa más familiar del mundo, como la familiaridad en sí misma, no aparecería sin la grama sin la diferencia como temporalización, sin la no-presencia de lo otro inscrita en el sentido de lo presente, sin la relación con la muerte como estructura concreta del presente viviente. (Derrida, 1971, p.92).

En síntesis, afirma que la historia de la filosofía mostraría la reducción de la huella, su subordinación a la presencia plena que se resume en el logos, el sometimiento de la

escritura bajo un habla onto-teológica, asociada al sentido del ser como presencia, como verdad, como vida sin diferencia.

Es así como todo el movimiento de la metafísica infinitista inicia su época bajo la forma del Platonismo, que plantea el logos como sublimación de la huella y termina con Hegel, con una teología del concepto absoluto como logos, aquí se inscriben todos los conceptos no críticos acreditados por la lingüística. El problema es, ¿cómo una *ciencia* podría eximirse de ello? Textualmente, afirma: “son precisamente estos conceptos los que han permitido la exclusión de la escritura: imagen o representación, sensible e inteligible, naturaleza y cultura, naturaleza y técnica, etc” (Derrida 1971, p.93), son también solidarios una determinación naturalista, objetivista y derivada, de la diferencia entre el afuera y el adentro, especialmente, con el concepto vulgar del tiempo, expresión Heideggeriana, para indicar el tiempo pensado a partir del movimiento espacial del ahora, que domina toda la filosofía desde *física* de Aristóteles hasta la *lógica* de Hegel .

Este concepto domina toda la ontología clásica y que no surge de un error filosófico o un desfallecimiento teórico, es interior a la totalidad de la historia de Occidente. Habría que destacar como acontecimiento la comunicación con la linearización de la escritura y el concepto lineal del habla. “Tal linearismo es sin duda inseparable del fonologismo: éste puede levantar voz en la medida en que una escritura lineal parece sometersele. Toda la teoría saussuriana de la “linearidad” del significante podría interpretarse desde este punto de vista” (Derrida, 1971, p.93). Se precisa como el concepto linearista del tiempo, es una de las más profundas adherencias del concepto moderno de signo a su historia.

El concepto linearista del tiempo es entonces una de las más profundas adherencias del concepto moderno de signo a su historia. Pues en el límite, es el concepto de signo el que permanece comprometido en la historia de la ontología clásica, y la distinción, por más débil que sea, entre la faz significante y la faz significado". (...) El *signatum* remite siempre, como a su referente, a una *res*, a un ente creado o, en todo caso, primeramente pensado y dicho, pensable y decible en el presente eterno del logos divino y precisamente en su aliento. (Derrida, 1971, p.94).

Es entonces, la idea de signo la que sería preciso deconstruir mediante un análisis sobre la escritura que se confundiría con una solicitud de la onto-teología, repitiéndola fielmente en su totalidad y conmoviéndola en sus más firmes evidencias. Lo que en última conduce a todo esto, es el momento en que la huella originaria afecta la totalidad del signo en sus dos faces. Que el significado sea originaria y esencialmente huella, que este desde el principio en función del significante. Es en esta proposición donde la metafísica del logos, de la presencia y de la conciencia debe reflexionar acerca de la escritura como su muerte y como su fuente²². La huella es precaria, vulnerable y mortal, pero por eso mismo excedida con respecto a su mera presencia, en proceso de continua reinterpretación que nunca se cierra en virtud del carácter diseminante de la escritura. (Cragolini, 2007, p.4).

²² Derrida demostró la necesidad de esta "deconstrucción" privilegiando las referencias saussorianas, no se debe al hecho de que Saussure domine aún la lingüística y la semiología, también es porque se mantiene en los límites; a la vez en la metafísica que es preciso deconstruir y más allá del concepto de signo. (significante/significado) del que todavía se sirve. Se pregunta: ¿Hasta que punto Saussure es responsable del Curso tal como ha sido elaborado después de su muerte?, entonces, más que inquietarnos por el pensamiento mismo de Ferdinand Saussure mismo, nos hemos interesado por un texto cuya literalidad ha desempeñado un papel importante desde su publicación en 1915, funcionando en un sistema de lecturas, de influencias, de desconocimientos, de préstamos, de refutaciones.

3. La huella como movimiento mismo de la Différance

Considera (Derrida, 1989, p.45), que la deconstrucción del signo lingüístico, estaría mostrando que el principio de la diferencia como condición de la significación, afecta la totalidad del signo, es decir, la cara del significado y la cara del significante. “La cara del significado es el concepto, el sentido ideal; y el significante es lo que Saussure denomina la <<imagen>>, <<huella psíquica>> de un fenómeno material o físico, que a vía de ejemplo, puede ser lo acústico”. Al respecto, cita Saussure: <<Si la parte conceptual del valor está constituida únicamente por relaciones y diferencias con los otros términos de la lengua se puede decir lo mismo de la parte material...>> (Saussure, citado por Derrida, p.45). Según esta acepción en la lengua no hay más que diferencias sin términos positivos. Entonces, ya se tome el significado o el significante, la lengua no comporta ni ideas ni sonidos que preexistan al sistema lingüístico, sino solamente diferencias conceptuales o diferencias fónicas resultado del sistema propuesto por Saussure.

Del estudio de este sistema, Derrida deriva, estas consecuencias; 1) El concepto de significado no está nunca presente en sí mismo, en una presencia suficiente que no conduciría más que a sí misma. Todo concepto está por derecho y en esencia inscrito en una cadena o en un sistema en el interior del cual remite a otro, a otros, por un juego sistemático de diferencias. La diferencia aquí, no es un concepto, sino la posibilidad de conceptualidad del proceso y del sistema conceptual en general. 2) Por esta misma razón, “la diferencia, que no es un concepto, no es una mera palabra, es decir, lo que se representa como una unidad tranquila y presente, autorreferente, de un concepto y una fonía”(Derrida, 1989, p.47). Por lo cual, en una lengua, en el sistema de la lengua, no

hay más que diferencias. La taxonomía puede proporcionar el inventario sistemático, estadístico y clasificatorio; pero por una parte, estas diferencias actúan: en la lengua, en el habla y en el intercambio entre lengua y habla; por otra, estas diferencias son en sí mismas *efectos*.

Pensar la escritura, entonces, no es para Derrida, llevar a cabo una revolución de los escribas, tampoco es invertir la relación entre habla y escritura, es pensar que el proceso de temporización-espaciamento, que permite producir la escritura, es el mismo proceso que produce el lenguaje, por tanto “La escritura no es secundaria ni accesoria respecto al lenguaje sino que les es esencial” (Peretti, 1989, p.84). Por tanto, la tarea de la huella como archi-huella, o movimiento de la *différance*, es la que constituye todos los procesos de significación y de articulación del lenguaje. La huella es entonces, el devenir espacio del tiempo y el devenir-tiempo del espacio.

Se concluye que La *différance*, no puede quedar comprendida en la lógica tradicional de significación, en tanto, al poner en operación un conjunto de marcas que se *propagan en cadena, unas a otras y entre sí*, alrededor y dentro de los márgenes de la misma lógica, produce nuevas series de encadenamiento textuales. Escribir de otra manera, jugar con el movimiento de la significación, advertir la experiencia de un lenguaje sin signos, de trazas sobre trazas que constantemente se superponen unas a otras en una cadena irreductiblemente abierta, desorganiza, invade y disloca sin cesar el orden de las de las oposiciones filosóficas.

Afirma (Derrida 1971, p.71) que la derivación de la escritura no ha sido posible, sino con una condición: que el lenguaje original, natural, no haya existido nunca, que

nunca haya sido intacto, intocado por la escritura, que el mismo haya sido siempre una escritura. Archiescritura, cuya necesidad es necesario indicar y esbozar el nuevo concepto. Se llama escritura porque comunica esencialmente con el concepto vulgar de escritura, que no ha podido imponerse históricamente, sino mediante el deseo de un habla que expulsa su otro y su doble y traba en la reducción de su diferencia. Se persiste en llamar escritura esta diferencia, dado su destino de significar la más temible de las diferencias. El que la archiescritura haya sido suscitada por el tema de lo 'arbitrario del signo' y de la diferencia, no puede nunca ser reconocido como objeto de una ciencia y por ende, no puede dejarse reducir a la forma de la presencia, dado que esta dirige toda la objetividad del objeto y relación del saber.

La denominación de archiescritura parece la más conveniente, a fin de no crear confusión entre el concepto derridiano de escritura, a saber escritura en sentido lato, y el concepto tradicional y restringido de escritura que el logocentrismo ha marginado. Por ello, "la gramatología parte de la necesidad de evaluar de nuevo, sin consideración para con los prejuicios más arraigados de la tradición occidental, la naturaleza y el estatuto de la escritura" (Peretti, 1989, p.80). Se trata, entonces, de rehabilitar la escritura como vía de liberación frente al logos, sin por ello otorgarle el privilegio que esta tenía antes. Según esta autora, esta tarea implica romper con la noción clásica de representación, que tiene como condición absolutamente imprescindible, la pérdida de una presencia originaria, alejada y siempre añorada por el mundo occidental, que se ha expresado en la relación entre el mundo inteligible y el mundo sensible²³.

Esta dualidad entre lo sensible y lo inteligible, se encuentra enraizada en la cadena de oposiciones metafísicas, situación que “*ha ocasionado el rechazo, por parte de dicha metafísica, de la escritura como rechazo de lo sensible, de lo externo, de la materialidad, del cuerpo, en definitiva, rechazo del significante*” (Peretti, 1989, p.81) [La bastardilla es nuestra]. La escritura de la gramatología, puede nombrarse entonces, como aquella que trabaja en el juego, en el movimiento *de la différance*.

La diferencia como un movimiento de “economía general”, obra como una especie de estrategia general de la deconstrucción, en tanto, no neutraliza simplemente las oposiciones binarias de la metafísica para residir en el campo cerrado de estas oposiciones, hay que avanzar en un gesto doble, una escritura desdoblada, que ha llamado “la doble sesión” o una doble ciencia. Esta escritura doble, estratificada, cambiada y cambiante, permite “marcar la separación entre la inversión que pone abajo lo que está arriba, deconstruye la genealogía sublimante o idealizante, y la emergencia irruptiva de un nuevo “concepto” (Derrida, 1977, p.55). Dicha estrategia se convierte, en el caballo de Troya de la metafísica, que según De Peretti (1989, p.91), implica la solicitud del concepto de origen, del querer decir metafísico bajo la forma de la crítica acordada al logos y a la foné, y de la concepción lineal del tiempo. Todo ello conduce a la pérdida de las categorías de presencia y de totalización del pensamiento metafísico.

☐ Los conceptos, usados por la filosofía para describir el fundamento al cual se orienta, permiten definir parejas de conceptos –o de categorías conceptuales generales opuestas. “la característica común a estas parejas, que se articulan bajo la ley y el nombre de la metafísica de presencia, es que representan una jerarquía en la que la prioridad es atribuida a la presencia devaluando y marginando con ello al concepto derivado asociado con la ausencia”. (...) “Al atribuírsele en estos binomios una cierta anterioridad al primer miembro de la pareja, considerando al segundo como posterior, semejante ordenamiento no se reduce a una consideración temporal: se trata de una valoración en la que lo secundario es degradado o visto como dependiente del primario. Lo primario viene a ser definido en los esquemas metafísicos como el origen de lo secundario, por ello se juzga a lo secundario como algo derivado” (Torregrosa, 2004, p. 56)

3.1. La *différance*. Su campo estratégico.

Hablaré, pues, de la letra *a* de esta primera letra que ha podido parece necesario introducir, aquí o allá, en la escritura de la palabra *différance* y ello en el curso de una escritura sobre la escritura, de una escritura en la escritura y cuyos diferentes trayectos se encuentran, pues, pasando, ciertos puntos muy determinados, por una suerte de gran falta de ortografía, por esa falta de ortodoxia que rige una escritura, una falta contra la ley que rige lo escrito y el continente en su decencia. (Derrida, 1989, p.39).

Su propósito se dirigirá menos a pensar en justificar esta falta silenciosa de ortografía, menos todavía a excusarla, que a gravar el juego con una cierta insistencia. Derrida (1989, p. 40 y ss.), plantea, que aunque pareciera imposible, el buscaba unir en un haz las diferentes direcciones en las que ha podido utilizar o mejor lo que el neografismo le impone. La *différance*, advierte, no le es literalmente, ni una palabra ni un concepto, se inclina más por la palabra *haz* por dos razones: no se trata de contar la historia de la economía que ha podido imponer este desarreglo gráfico, sino más bien del sistema general de esta economía. La palabra *haz*, sería la que más se presta para mostrar que la agrupación propuesta tiene “la estructura de un intrincación, de un tejido, de un cruce que dejará partir de nuevo los diferentes hilos y las diferentes líneas del sentido” (p.40). Advierte, que esta indiscreta intervención gráfica ha sido calculada en el proceso escrito de una interrogación sobre la escritura, en efecto, muestra que la diferencia gráfica -la *a* en lugar de la *e*, diferencia señalada entre dos notaciones, entre dos vocales es puramente gráfica. Se escribe o se lee, pero no se oye.

Se propone por una marca muda un monumento tácito, yo diría incluso por una pirámide que piensa así no sólo en la forma de la letra cuando se imprime en capital o en mayúscula, sino también en este texto de la *Enciclopedia* de Hegel en el que el cuerpo del signo se compara a la pirámide egipcia. La *a* de la *différance*, pues no se oye, aparece silenciosa, secreta y discreta como una tumba: *oikevis*. (Derrida, 1989, p.40).

Al hablar de diferencia gráfica, lo hace sosteniendo un discurso muy desviado sobre una escritura, por ello, siempre, habrá que precisar cuando se refiera a la diferencia con una *e* o la diferencia con una *a*. Reitera que tales precisiones las hace a un texto escrito que vigila su discurso.

Finalmente, considera que, por una parte, el silencio piramidal de la diferencia gráfica entre la *e* y la *a*, “no puede funcionar sino en el interior de un sistema de la escritura fonética, y en el interior de una lengua o de una gramática históricamente ligada a la escritura fonética así como a toda cultura que les inseparable”, sin embargo, precisa que no hay escritura pura y rigurosamente fonética, esta no puede funcionar, sino es admitiendo en ella misma *signos* no fonéticos (puntuación, espacios etc.), lo cual se ha demostrado cuando se analiza el juego de la diferencia del que Saussure, sólo ha recordado que es la condición de posibilidad y funcionamiento de todo signo, tal juego es silencioso, por lo cual, se afirma que es inaudible la diferencia entre dos fonemas presentes, tal como se ven. “Si no hay, pues, una escritura fonética, es que no hay *phoné* puramente fonética” (Derrida, 1989, p.41). Por otro, y en este mismo sentido, la diferencia gráfica, se sumerge en la noche, nunca es un término sensible, sino más bien, alarga una relación invisible.

La ‘diferencia’ entre la *e* y la *a* se desnuda a la vista y al oído, sugiere quizá ir a un orden que no pertenece a la sensibilidad, ni a la inteligibilidad, distanciándose de la lógica de la objetividad y el entendimiento, dejándose entonces, llevar a un orden que resista la oposición fundadora de la filosofía entre sensible y lo inteligible. Diferencia que no pertenece ni a la voz ni a la escritura. En síntesis, sí la diferencia es (bajo una tachadura) “lo que hace posible la presentación del presente, ella no se presenta nunca

como tal. Nunca se hace presente. A nadie” (...) “La diferencia no es no existe, no es un ser presente (on), cualquier que este sea” (Derrida, 1989,p.41), por tanto, no tiene ni existencia ni esencia, no muestra dependencia de ninguna categoría de ser alguno presente o ausente. No es un movimiento, y en tal sentido es irreductible a toda apropiación ontológica o teológica, sin embargo, hace parte del sistema de la historia de la filosofía.

No habría entonces, un punto de partida una responsabilidad de principio, más bien, se afirma que todo el trazado de la diferencia es estratégico y aventurado. Estratégico dado que ninguna verdad trascendente y presente fuera del campo de la escritura puede gobernar teológicamente la totalidad el campo. No se trata de una simple estrategia en tanto que pueda orientar una táctica desde un objetivo final. Más se introduce en el tema de la diferencia de la estrategia o de la estratagema. Será, entonces, a partir de la diferencia y de su <<historia>> como podemos pretender saber quien y donde estamos <<nosotros>>, y lo que podrían ser los límites de una <<época>>.

Plantea Derrida (1997, p.52) que si bien la *differancia*, no juega a título de *concepto* o simplemente a título de *palabra*, no impide producir efectos o concreciones nominales. La cuña de esta *letra* es señalada por Derrida como una extraña *lógica*, “El haz que evocáis, es un hogar de cruzamiento histórico y sistemático; es sobre todo la imposibilidad estructural de clausurar esa red, de detener su tejido, de trazar un margen que no sea una nueva marca. No pudiendo ya levantarse como una palabra-maestra o un concepto maestro. Esta extraña *lógica*, obstruye toda relación con lo teleológico

insertándose en una cadena de otros *conceptos*, otras *palabras*.²⁴ No constituyen un léxico porque no son átomos, sino más bien *hogares de condensación económica*, *lugares de tránsito* obligados para un gran número de crisoles un poco más efervescentes.

Aunque no es ni una palabra ni un concepto, advierte Derrida, no obstante parece necesario hacer un análisis semántico fácil y aproximativo. Se sabe que el verbo ‘diferir’ (verbo latino *differre*) tiene dos sentidos que parecen muy distintos, son objeto, por ejemplo, en el Littré de dos artículos separados, en tal sentido *differre* latino no es la traducción simple del *diapherein* griego y ello no dejará de tener consecuencias. Anota que la distribución del sentido griego no comporta uno de los motivos del *differre* latino a saber, acción de dejar más tarde, de tomar en cuenta un cálculo económico, un rodeo, una demora, en otras palabras, afirma Derrida, una temporización. “Diferir en este sentido es temporizar, es recurrir, consciente o inconscientemente a la mediación temporal y temporizadora de un rodeo que suspende el cumplimiento o la satisfacción del ‘deseo’ o de la ‘voluntad’ efectuándolo también en un modo que anula o templa el efecto” (Derrida, 1989, p.43). Esta temporización es también hacerse tiempo del espacio, y hacerse espacio del tiempo, se trata de una constitución originaria del tiempo y del espacio.

El otro sentido de diferir es el más común, no ser otro, ser discernible. En la alteridad o desemejanza, es preciso que ente los elementos otros se produzca

24

☐ Estos “conceptos” o “palabras”, se les ha rodeado con un valor de insistencia, son ejemplos, grama, reserva, corte, traza, espaciamento, blanco, suplemento, marca. Tal lista no tiene clausura taxonómica, y por definición no constituyen un léxico (Derrida, 1977,p.53).

activamente, y con una cierta perseverancia en la repetición, intervalo, espacio, *espaciamiento*.

3.2. Diferencia y la diferancia como archi-escritura.

Plantea (Derrida 1989, pp, 44-45), que la diferencia con *e*, no ha podido remitir a diferir como temporización ni a lo diferente como *poemos*. Es esta pérdida de sentido, lo que compensa económicamente, la diferencia con *a*. es que ésta remite a su vez a toda la configuración de significaciones, es irreductiblemente polisémica, sin embargo, remite como toda significación, a ser sostenida por un discurso o un contexto interpretativo. “En una conceptualidad y con exigencias clásicas, se diría que <<diferancia>> designa la casualidad se constituye productiva y originaria, el proceso de ruptura y de división cuyos diferentes o diferencias sería productos o efectos constituidos” (...). Sobre la terminación *ancia*, dice que permanece indecisa entre lo activo y lo pasivo, y recuerda más bien una voz media, “dice una operación que no es una operación que no se deja pensar ni como pasión ni como acción de un sujeto sobre un objeto, ni a partir de un paciente, ni a partir ni a la vista de cualquier de estos términos” (p.44.).

Diferancia como temporización, diferencia como espaciamiento ¿cómo se conjugan? Y puesto que ya estamos instalados en ella, de la problemática del signo y la escritura. El signo, se suele decir se pone en lugar de la cosa misma, de la cosa presente, <<cosa vale a aquí tanto por el sentido como por el referente. “El signo representa lo presente en su ausencia. Tiene lugar en ello. Cuando no podemos tomar la cosa, digamos lo presente, el ser-presente, cuando lo presente no se presenta, significamos, pasamos por el rodeo del signo. Tomamos o damos un signo, hacemos un signo. El signo sería pues la

presencia diferida. Bien se trate del signo verbal o escrito, de signo monetario, de delegación electoral y de representación política, la circulación de los signos difiere el momento en el que podríamos encontrarnos con la cosa misma, adueñarnos de ella, consumirla, guardarla, tocarla, verla, tener la intuición presente” (p.45)

Lo que se ha escrito sobre la significación como diferencia de temporización, no es más que la estructura clásica determinada del signo. Presupone entonces, que el signo al diferir la presencia, sólo es pensable a partir de la presencia diferida que pretende reapropiarse. Al seguir esta semiología clásica, Derrida advierte que la sustitución del signo por la cosa misma es la vez segunda y provisional, segunda en tanto, proviene de una presencia original y perdida de la que el signo vendría a derivar, provisional con respecto a esta presencia final y ausente en vista de que el signo sería un movimiento de mediación. Cuestionar este carácter al signo, tendría como consecuencias:

- . Que no se podría comprender la diferencia bajo el concepto de <<signo>> que siempre ha querido decir representación de una presencia y se ha constituido en un sistema (pensamiento o lengua) regulado a partir y a la vista de la presencia.

- . Se pone en tela de juicio la autoridad de la presencia o de su contrario la ausencia o falta. Se interroga entonces, el límite que nos constriñe en cuanto hablantes de una lengua o sistema de pensamiento -a formar el sentido del ser en general como presencia o ausencia, en las categorías de ser o identidad. ,

Se precisa entonces, volver a la problemática semiológica para ver enlazadas allí la diferencia como temporización y la diferencia como espaciamiento. Es Saussure quien ha instaurado lo arbitrario del signo y su carácter diferencial en los principios de la

semiología general. Y los dos motivos -arbitrario y diferencial - son a su concepción inseparables. “No puede haber algo arbitrario sino es por que el sistema de los signos esta constituido por diferencias, no por la totalidad de los términos. Los elementos de la significación funcionan no por la fuerza compacta de núcleo, sino por la red de las oposiciones que los distinguen y los relacionan unos a otros. <<Arbitrario y diferencial>>, dice Saussure son dos cualidades correlativas” (Derrida, 1989, p. 46).

Entonces, lo que se escribe como ‘*diferancia*’ será el movimiento de juego que ‘*produce*’, por ello no son simplemente actividad, esas diferencias o efectos de diferencia. Se aclara que estos no quiere decir que la diferencia que produce las diferencias esté antes que ellas en un presente simple y en sí mismo inmodificado, indiferente. “La diferencia es el ‘origen’ no pleno, no-simple, el origen estructurado y diferente (de diferir) de las diferencias. El nombre de ‘origen’, pues ya no le conviene.” (Derrida, 1989, p.46.).

La lengua de la que Saussure dice que es una clasificación, no ha caído del cielo, las diferencias se han producido, son efectos producidos, pero efectos que no tienen como causa un sujeto o una sustancia, un ente presente en alguna parte y que escapa al juego de la diferencia. Si hubiere implicada una presencia de la forma más clásica, en el concepto de causa general, sería necesario hablar de efecto sin causa, lo que conduciría a no hablar más que de efecto. Derrida propone que la salida fuera del cierre de este esquema., ha tratado de indicar su objetivo a través de la <<marca>>, que ya no es un efecto que tiene causa, sino que no puede bastarse así misma, fuera de texto para generar la transgresión necesaria.

Como no hay presencia antes de la diferencia semiológica y fuera de ella, se puede extender el signo en general lo que Saussure escribe de la lengua: La lengua es necesaria para que el habla sea inteligible, y produzca todos los efectos; pero ésta es necesaria para que la lengua se establezca; históricamente el acto de habla la precede siempre. (Derrida, 1989, p.47)

Reteniendo este esquema, se designa como diferencia el movimiento según el cual la lengua, o todo código, todo sistema de repeticiones en general se constituye 'históricamente' como entramado de diferencias. Concretamente, este <<se constituye, <<se produce>>, <<se crea>>, <<movimiento', <<históricamente>>, este movimiento se debe entender más allá de la lengua metafísica en la que se han trazado con todas las implicaciones. Será necesario mostrar por que los conceptos de producción, constitución e historia, son cómplices, de lo que se está poniendo en cuestión. Entonces, nos encontramos inscritos en un círculo y la diferencia tal como se escribe, no es más estática que genética, no es más estructural que histórica.

Las diferencias son, pues, <<producidas>> -diferidas- por la diferencia ¿Pero qué es lo que difiere o quien difiere? En otras palabras, ¿qué es la diferencia?, es preciso, entonces, plantear otra problemática. Se cuestiona el sentido del preguntar (<<qué es lo que>> , <<qué es quién>>, <<quién es el qué>>), sería necesario advertir que la diferencia es derivada, sobrevenida y gobernada por un existente-presente, pudiendo ser cualquier cosa, una forma, un estado, un poder en el mundo, en todo, caso si es una existente presente para sí, como consciencia, llegaría en un momento dado a diferir de ella, ya sea retrasando o alejando la satisfacción de una <<necesidad>>, o de un <<deseo>>, ya sea a diferir de sí, pero en ninguno de estos casos, un existente presente, sería constituido por esa diferencia.

Si consideramos la cadena que la <<diferancia>> se deja someter a cierto número de substituciones no sinonímicas, según la necesidad de contexto, por qué recurrir a la <<reserva>>, a la <<archi-escritura>, al archi-rastro”, al <<espaciamiento>>, incluso al <<suplemento>>, al pharmakon, pronto la himen, al margen-marca, marcha, etc.

La diferencia es lo que hace el momento de la significación no sea posible más que si cada elemento llamado <<presente>>, que aparece en la escena de la presencia, se relaciona con otra cosa, guardando en sí la marca del elemento pasado y dejándose ya hundir por la marca de su relación con el elemento futuro, no relacionándose la marca menos con lo que se llama el futuro que con lo que se llama el pasado, y constituyendo lo que se llama el presente por esa misma relación con lo que no es él: no es absolutamente, es decir, ni siquiera un pasado o un futuro como presentes modificados. Es preciso que le separe un intervalo de lo que no es él para que sea él mismo, pero este intervalo que lo constituye en presente debe también a la vez decidir el presente en sí mismo, compartiendo así el presente lo que se puede pensar a partir de él, es decir, todo existente, en nuestra lengua metafísica, singularmente la sustancia o el sujeto. Constituyéndose este intervalo, decidiéndose dinámicamente, es lo que podamos llamar espaciamiento, devenir-espacio del tiempo o devenir tiempo del espacio (temporalización). (Derrida, 1989, p.48).

Es esta constitución del presente, como síntesis <<originaria>> e irreductiblemente no simple, no-originaria de marcas, de rastros de retenciones y de protenciones, es lo que propone llamar archi-escritura, archi-rastro o differancia.

3.3. Solicitación de la presencia como conciencia de sí. La *différance*, el rastro y la marca.

En sus escritos Derrida ha insistido en su desconfianza frente al concepto de historia, pero más exactamente, al concepto metafísico de historia, es decir, “historia del sentido produciéndose desarrollándose, cumpliéndose, linealmente, en línea recta o circular” (1977, p.74), sin embargo, advierte, que el carácter metafísico de este concepto de historia, no está ligado a la linealidad, sino a todo un sistema de implicaciones (teológicas, de acumulación relevante e interiorizante de sentido, a cierto tipo de tradicionalismo, de continuidad, de verdad, etc. Por lo anterior, ve necesario crear otro concepto o cadena conceptual de la “historia”, historia que implique una nueva forma de

la *repetición* y de la *traza*. En tal sentido, Derrida concibe el tiempo como diferencia y aplazamiento, en tanto, no se trata hacer de la historia una base o un fundamento. “El tiempo como diferenciador y aplazamiento debilita a la presencia haciendo de ella un producto más que algo dado, pero el tiempo no es el fundamento” (Culler, 1984, p.116), La *différance*, es el paso por el que el lenguaje, o cualquier código o sistema en general se tornan constituidos “históricamente” como productos de diferencia. Si la historia no conllevara el tema de una represión final de la diferencia: se podría decir que las diferencias por sí solas podrían ser históricas.

Plantea, entonces, (Derrida 1989, p. 50 y ss.), que las diferencias son pues producidas por las diferencias. ¿Pero qué es lo que difiere o quién difiere? No se acepta la forma de esta pregunta en forma y en su sintaxis, sería necesario admitir que la diferencia es derivada, sobrevenida, dominada y gobernada a partir de un existente-presente, pudiendo ser una forma, un estado, un poder en el mundo. Se admite, entonces, “que el existente-presente, como existente-presente para sí, como conciencia, llegaría en un momento dado a diferir de ella: ya sea a retrasar y a alejar la satisfacción de una ‘necesidad’ o de un ‘deseo’, ya sea para diferir de sí, pero, en ninguno de los casos, un existente presente sería <<constituido por esa diferencia>>”. (p.50).

En esta misma página, se refiere de manera específica a la diferencia semiológica que es lo que Saussure ha planteado; Que la lengua (que no consiste más que en diferencias), no es una función del sujeto hablante. Esto implica que el sujeto (identidad consigo mismo, o conciencia de sí) está inscrito en la lengua ,es ‘función de la lengua’, “no se hace sujeto hablante más que conformando su habla, incluso la llamada ‘creación’, incluso en la llamada ‘transgresión’ al sistema de prescripciones de la lengua como sistema de diferencias, o al menos a la ley general de la diferencia, rigiéndose sobre el principio de la lengua del que dice Saussure que es “el lenguaje menos que el habla. La lengua es necesaria para que el habla sea inteligible y produzca todos sus efectos”. (p.50.). Derrida hace explícita cómo la diferencia le permite superar la oposición del habla con la lengua. Aclara que las diferencia serán no sólo el juego de las diferencias en la lengua, sino la relación del habla con la lengua, y en general vale para semiología general que rige las relaciones del uso y al esquema del mensaje. Precisa que esta

diferencia en la lengua y en la relación del habla con la lengua impide la disociación esencial que en otro estrato del Discurso quiso señalar Saussure entre el habla y la escritura:

La práctica de la lengua o del código que supone un juego de formas, sin sustancia determinada e invariable, que supone también en la práctica de este juego una retención y una protención de las diferencias, un espaciamiento y una temporización, un juego de marcas, es preciso que sea una especie de escritura *avant la lettre* una archiescritura sin origen presente, sin *arkhe*. De donde la tachadura regida por el *arkhe* y la transformación de la semiología general en gramatología, operando ésta un trabajo crítico sobre todo lo que, en la semiología y hasta en su concepto de matriz -el signo-retenía presupuestos metafísicos incompatibles con el motivo de la diferencia. (Saussure, citado por Derrida, 1989, p.51).

Considera Derrida, que en este planteamiento, podría aparecer una objeción, ciertamente, el sujeto no se hace <<hablante>> más que comerciando con el sistema de las diferencias lingüísticas, incluso, el sujeto no se hace significativo, por el habla u otro signo, más que inscribiendo en el sistema de las diferencias, en este sentido, el sujeto hablante o significativo no estaría presente para sí en tanto que hablante o significativo sin el juego de la diferencia lingüística o semiológica. Se pregunta Derrida, ¿no se puede concebir una presencia para sí del sujeto antes de su habla o signo, una presencia para sí del sujeto en una consciencia silenciosa e intuitiva? ¿Lo anterior supondría que antes del signo y fuera de él, con la exclusión de todo rastro y de toda diferencia es posible algo semejante a la conciencia?

Ahora, sí la conciencia quiere decir, ofrecer al pensamiento bajo todas sus modificaciones más que como presencia para sí, entonces, lo que vale de la conciencia vale aquí de la existencia llamada subjetiva en general. Por tanto, la categoría sujeto no puede y no ha podido nunca pensarse sin la referencia a la presencia, el sujeto como conciencia nunca ha podido anunciarse de otra manera que como presencia para sí mismo. “El privilegio concedido a la conciencia significa, pues, el privilegio concedido al presente” (p.51). Tal privilegio es el éter de la metafísica, el elemento pensamiento en tanto que es tomado en la lengua de la metafísica. Este problema Heidegger lo ha mostrado como la determinación ontológica del ser. Al solicitar este valor de la presencia,

se interroga el valor absoluto de esta forma o de esta época de la presencia en general que es la conciencia como querer-decir en la presencia para sí.

Se plantea, aquí el tema de la presencia -el ser de sí de la conciencia- no como la forma matriz absoluta del ser, sino como la determinación y como un efecto. Determinación o efecto, en el interior de un sistema que ya no es el de la presencia, sino el de la diferencia, que ya no permite la oposición de la actividad y la pasividad, en mayor medida que la causa y del efecto. Nietzsche y Freud, igualmente, de uno u otro modo, y a veces de manera semejante ha puesto en tela de juicio la conciencia en su certeza segura de sí. “Para Nietzsche la gran actividad principal es inconsciente y la conciencia es el efecto de las fuerzas cuya esencia y vías y modos no le son propios” (p.52). Se agrega, que la fuerza misma nunca está presente: no es más que un juego de diferencias y de cantidades. No habría fuerza en general sin la diferencia entre las fuerzas y la diferencia de cantidad, cuenta más que el contenido de la cantidad.

Se puede entonces, llamar diferencia a esta discordia <<activa>> en movimiento, de fuerzas diferentes y de diferencias de fuerzas que opone Nietzsche a todo el sistema de la gramática metafísica en todas partes donde gobierna la cultura, la filosofía y la ciencia.

Argumenta Derrida (1989, p. 55 y ss.), que, en Freud se encuentra otra diaforística o teoría de la cifra o de la marca energética, que pone en tela de juicio la autoridad de la conciencia, esta es inicialmente y siempre diferencial; en su teoría el diferir discernibilidad, distinción, desviación, diastema, espaciamento, y el diferir como rodeo, demora, reserva, temporización. Destaca dos puntos en este planteamiento: 1) No se puede describir el origen de la memoria y del psiquismo como memoria en general (consciente o inconsciente) más que tomando en consideración la diferencia entre los razonamientos. No hay roce sin diferencia ni diferencia sin marca y 2) Todas las diferencias en la producción de marcas inconscientes y en los procesos de inscripción pueden también ser interpretadas como momentos de la diferencia, en el sentido de la puesta en reserva. En pensamiento de Freud ha insistido en que el movimiento de la marca se describe como un esfuerzo de la vida que se protege a así misma difiriendo la inversión peligrosa, constituyendo una reserva.

Más adelante Derrida, cita a Freud, para precisar que: “el inconsciente no es, como es sabido, una presencia para sí escondida, virtual, potencial. Se difiere, esto quiere decir sin duda que se teje de diferencias y también que envía que delega representantes, mandatarios; pero no hay ninguna posibilidad del que manda ‘exista’, esté presente, sea el mismo en algún sitio y todavía menos que se haga consciente”.(Derrida, 1989, p.55). Se precisa, entonces, que es la determinación del ser en presencia o existencialidad lo que se interroga con el pensamiento de la diferencia, por tanto: La diferencia no existe, no corresponde a un existe-presente, tan excelente y único como se desea, además, no gobierna nada, no reina sobre nada, y no ejerce en ninguna parte, autoridad ninguna.

Con la alteridad del ‘inconsciente’, se entra en contacto no con horizontes de presentes modificados, el pasado o el porvenir, sino con un ‘pasado’ que nunca ha sido presente y que no lo será jamás. “El concepto de rastro es, pues, inconmensurable con el de retención, de devenir-pasado de lo que ha sido presente. No se puede pensar el rastro - y así la diferencia-a partir del presente, o de la presencia del presente” (Derrida, 1989, p.56).

El existente o de la existencialidad, en todas partes, es la dominación del existente, lo que viene a solicitar la diferencia, en el sentido de *solicitare*, significa, en viejo latín, sacudir como un todo. Es la determinación del ser en presencia lo que es así interrogado, por el pensamiento de la diferencia.

Heidegger²⁵, quien considera que la diferencia del ser y el existente, lo olvidado de la metafísica, ha desaparecido sin dejar marca. La marca de la diferencia se ha perdido. Si se admite que la diferencia es en sí misma otra cosa que la ausencia y la presencia, pensada así la diferencia sigue siendo un nombre metafísico y todos los

²⁵ La caracterización del pensar occidental que realiza Derrida, señala las improntas nietzscheana y heideggeriana en el pensamiento. Cuando la historia del pensar Occidental se caracteriza como “logofonocentrismo” y “falogocentrismo”, se escucha la resonancia de los términos *mono-teísmo* (Nietzche) y ontoteología (Heidegger). Los nombres para enfrentarse a la historia de la metafísica son: “superación”, “inversión”, “subversión”. El deconstruccionismo se presenta combinando estas formas como una habitar las estructuras de la metafísica para mostrar sus fisuras. (Cragnolini M, 2007, p.14, 15,16).

nombres que recibe en nuestra lengua son todavía, en tanto que nombres, metafísicos, en particular cuando afirman la determinación de la diferencia en la diferencia de la presencia y el presente, pero especialmente, y de manera más general cuando hablan de la determinación de la diferencia en diferencia del ser y el existente. “Más vieja que el ser mismo, una tal diferencia no tiene ningún nombre en nuestra lengua” (Derrida, 1989, p.61), y no es por que no se lo ha encontrado, o porque sería necesario pensarlo en otra lengua fuera del sistema finito de nuestra lengua, manifiesta Derrida, que no hay ningún nombre para esto, ni siquiera el de esencia o el del ser, ni siquiera el de diferencia, que no es un nombre, que no es una unidad nominal pura y se disloca sin cesar en una cadena de sustituciones que difirieren. Advierte, entonces, que el pensamiento de la letra a de la diferencia no es prescripción primera ni anuncio profético de una nominación inminente. No siendo la marca una presencia, sino un simulacro de una presencia que se disloca, se desplaza, se repite, no tiene propiamente lugar, el borrarse pertenece a su estructura.

El texto de la metafísica así comprendido. Todavía legible; y para leerse. No está rodeado sino atravesado por su límite, marcado en su interior por la estela múltiple de su margen. Proponiendo a la vez el monumento y el espejismo de la marca, la marca simultáneamente marcada y borrada, simultáneamente viva y muerta, viva como siempre al simular también la vida en su inscripción guardada. Pirámide. No un límite que hay que franquear, sino pedregosa, sobre una muralla, en otras palabras que hay que descifrar, un texto sin voz. (Derrida, 1989, p. 59)

Referencias

Obras de Jacques Derrida

Derrida, Jacques (1971). Lingüística y gramatología. (pp.37-126). En: *De la gramatología*. Trad. O. del Barco y C. Ceretti, Buenos Aires, Siglo Veintiuno

_____ (1989). La différence (37-62) En: *Márgenes de la filosofía*. Ediciones Cátedra, Conferencia pronunciada en la sociedad Francesa de Filosofía, el 17 de enero de 1968.

_____ (1989). Firma acontecimiento y contexto. (351-369). En: *Márgenes de la filosofía*. Ediciones Cátedra, Conferencia pronunciada en la sociedad Francesa de Filosofía, el 17 de enero de 1968.

_____ (1977). Implicaciones (pp-9-21), Semiología y gramatología (pp. 25-47), Posiciones (53-130). En: *Posiciones. Entrevistas con Henri Ronce, Julia Kristeva, Jean-Louis y Guy Scarpeta*. Traducción M. Arranz. Pretextos Valencia, España.

_____ (1975). La Farmacia de Platón. En: *La diseminación*. Trad. J. Martín. Madrid: Fundamentos.

_____ (1970) La lingüística de Rousseau. En *J.J. ROUSSEAU: Ensayo sobre el origen de las lenguas*, trad. A. Drazul. Buenos Aires: Calden.

_____ (1996) Discurso inaugural año XVIII congreso de la Sociedad Francesa de filosofía sobre el tema <<La representación>>, Trad. Patricio Peñalver. En *DERRIDA. La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Paidós.

Obras sobre el pensamiento de Derrida

Bennington, G. y Derrida, J. (1994). *Jaques Derrida*, Traducción, M. Luisa Rodríguez Tapias. Madrid: Ediciones Cátedra.

Cragolini, M. (2007) *Derrida un pensador del Resto*. Buenos Aires: Ediciones la Cebra.

Culler, J. (1982) *Sobre la deconstrucción*. Traducción de Luis Cremades. Madrid: Ediciones Cátedra.

De Peretti, C. (1989) *Jacques Derrida: Texto y Deconstrucción*. Prólogo de Jacques Derrida. Barcelona: Editorial Antropos.

Havelock. E. (1996). *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura*. Barcelona: Paidós.

Peñalver, P. (1995) *Jacques Derrida: La clausura del saber*. En: *La Voz y el Fenómeno*. Traducción y prólogo: Patricio Peñalver. Valencia, España: Pre-textos.

Shutera P. *Derrida. La escritura desplazada y el problema de la différance*. Revista Liminar. Estudios sociales y humanísticos, diciembre, 2006/vol. IV, número 002. México, 93-108: Universidad de ciencias y artes de Chiapas, Consultado 06-07-2010.

Torregrosa E. (2004). *Una introducción a Derrida*. Bogotá: Universidad Libre.

Obras analizadas por Derrida

Jacobson, R. (1963). *Essais de linguistique générales*, p. 62 citado por Derrida, 1971, p.19.

Saussure (1965) *Curso de lingüística general*. Traducción, prólogo y notas de Amado Alonso. Buenos Aires: Losada, citado por Derrida, J. (1971). *De la gramatología*. Trad. O. del Barco y C. Ceretti. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Uldall, H.J. (1938) *Speech and writing*, en *Acta lingüística*, iv, pp 11 y sgtes. Citado por Derrida (1971, p.76) *De la gramatología*. Trad. O. del Barco y C. Ceretti, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.